

PERMISO DE INVASION

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



PERMISO DE INVASION

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION

Permiso de invasión

Glenn Parrish

CAPÍTULO PRIMERO

La gente que estaba en la cola parecía impacientarse. —Este hombre se duerme con los permisos —dijo un hombre.

—Claro, trabaje poco o trabaje mucho, lo mismo le pagan...

—Total, por un mísero permiso que no sé por qué es preciso llevar en el bolsillo —dijo una mujer.

—Es necesario, señora; la ley es la ley.

—Si no, adonde iríamos a parar. Esto sería una selva y cualquiera podría venir a invadirnos.

—Eso sí es cierto. Ya que nos invaden, que nos invadan en regla.

—Sin olvidar guardar la derecha.

Un tipo llegó al final de la cola. Parecía un paleto y tenía las manos en la bragueta de los pantalones.

—Oiga, ¿el último...? —preguntó cortés.

El hombre que estaba delante del recién llegado se volvió y le miró por encima de las gafas que usaba para leer el periódico.

— ¿Qué, usted también? Pues tiene para rato, amigo —dijo.

—Es que no me puedo aguantar más...

—Hombre, aquí hay que tener paciencia. ¿O es que se cree usted que se puede invadir así como así?

—Ah ¿pero es que para hacer «pis» hay que invadir el W.C.?

La gente que abarrotaba el teatro se desternillaba de risa. La comedia tenía un humor excelente y su autor su frotaba las manos a cuenta del éxito que iba a conseguir con su disparatada obra titulada Permiso de invasión.

—Usted es tonto, amigo. Esta no es la cola para el lavabo; ésta es la cola para los permisos de invasión —dijo el penúltimo al paleto.

—Si no se puede aguantar, que salga a la calle y que se lo haga junto a un farol —dijo una gruesa dama, que se entretenía en hacer calceta, mientras esperaba su turno.

—Señora, no soy un perro —protestó el paleto.

—Pues sólo le falta ladrar…

—Y a usted sólo le falta arrojar espuma por la nariz, como las ballenas.

El paleto se marchó, encorvado, con las manos entre las piernas, dando ridículos saltitos. Arreciaron las protestas de los que aguardaban su turno.

—Si no despacha pronto, tendremos que invadir sin permiso—gritó uno.

—Estas leyes son absurdas. En mi tiempo —dijo un viejo—, si uno tenía ganas de invadir un planeta, lo invadía y en paz.

—Sí, pero estamos en tiempos de la burocracia —contestó otro—. La burocracia lo puede todo. Nos invade a los que queremos invadir…

Ahora llegaba la escena cumbre. Alan Robbins, el electricista jefe, estaba preparado. Las luces que iluminarían el escenario se apagarían casi por completo y la primera actriz, Daphne Crown, irrumpiría ataviada con un fastuoso traje de marciana simulando ser una extraterrestre desconocedora de costumbres del planeta. Un potente foco iluminaria el hermoso cuerpo de la actriz y…

Alan apagó las luces y encendió el reflector. Daphne entró, pero también lo hizo otro individuo.

El director teatral frunció el ceño. La situación de aquel estrambótico sujeto no estaba prevista en modo alguno.

Era un hombre que medía dos metros veinte de altura y parecía

vestido con una armadura rígida salvo en las articulaciones. El rostro no tenía mucho de humano: era más bien una máscara con ojos y algo parecido a una nariz y una boca. El torso tenía toda la apariencia de un barril de alquitrán.

Algo no marchaba bien. Robbins conocía el libreto al dedillo. No había previsto otra intervención, después de la de Daphne Crown. Aquel sujeto debía de ser un loco que quería publicidad a costa de destrozar una obra que estaba destinada a conseguir uno de los mayores éxitos de la temporada.

El director protestó. Daphne se desconcertó. Los actores que simulaban esperar en la cola se turbaron.

Robbins presintió el jaleo. Abandonando el tablero de control de las luces, corrió hacia la salida.

—Enciende todo —gritó a su primer ayudante.

Robbins bajó como un loco por la escalera empinada, en dilección al escenario. La gente de la platea y palcos no comprendía nada de lo que sucedía.

Habría que echar a aquel chiflado a puntapiés, se dijo Robbins. El podría hacerlo. Parecía bajo, en realidad medía un metro y setenta y tres centímetros, pero tenía los hombros de un gorila y la fuerza de un oso joven. Oso le llamaban algunos, precisamente por su aspecto, en el que destacaban las cejas, espesas y muy juntas, y las manos, poderosas como las de un Hércules.

Las luces se encendieron. Y, en el mismo instante, el recién llegado habló con voz tonante, metálica:

— ¡He venido a invadiros, seres de la Tierra!

«Ya está, ya se ha armado», pensó Robbins, a punto irrumpir en el escenario.

Entre bambalinas, el director amenazaba con volverse loco.

—Echen a ese criminal… —aullaba.

Daphne, aterrorizada, no sabía qué hacer. Aquel sujeto de las ropas metálicas le infundía un miedo espantoso. Era un sentimiento instintivo, que no podía dominar en absoluto.

El desconocido elevó sus brazos. En el mismo instante se oyó un estampido colosal, semejante al estruendo de cien cañones disparados al mismo tiempo.

Robbins se tambaleó. El suelo retembló bajo sus pies.

Elevó la vista. Se quedo estupefacto.

El techo del teatro había desaparecido. Veía las estrellas.

Infinidad de objetos subían a lo alto, arrastrados por una terrible succión, cuyas causas no alcanzaba a entender. A su lado, una mujer, muy delgada, se elevó de repente hacia las alturas, chillando espantosamente.

El hombre del traje metálico subió también. Robbins sintió que miles de dedos tiraban de sus ropas, de su cuerpo… Ascendió un metro y volvió a caer, quedando a gatas.

Daphne estaba a pocos pasos. La joven parecía enloquecida.

Robbins echó a correr hacia ella. Debía salvarle la vida, pensó.

Los gritos sonaban por todas partes. Robbins pudo saltar hacia la primera actriz y se agarró a sus piernas, como en una jugada de rugby. Luego, durante una fracción de segundo, presenció una escena increíble.

El teatro entero subía a las alturas. Hombres y mujeres ascendían, agitándose en vertiginosos remolinos, mezclados con escombros y muebles y utensilios de todas clases. Los cables eléctricos chisporroteaban sonoramente.

El piano, los instrumentos y los músicos se elevaron, volteando rapidísimamente en el interior de aquel incomprensible vértice. Y Robbins y la primera actriz, a su debido tiempo, también subieron a lo alto.

Una vez arrancados al suelo, la ascensión se hizo increíblemente veloz. Daphne y Robbins seguían estrechamente abrazados. De pronto, perdieron el conocimiento.

* * *

Antes de abrir los ojos, Robbins oyó gritos, gemidos y sollozos. Junto a su cuerpo, notó el cálido contacto de los senos de la primera actriz. Al fin, se arriesgó a abrir los ojos.

Había varios cientos de hombres y mujeres. Robbins calculó que estaban allí la mayoría de los que se encontraban en el teatro, cuando se produjo el ciclón. Muchos aparecían ensangrentados y magullados, a consecuencia de los choques y encontronazos con muebles y escombros. Robbins vio tres o cuatro cuerpos inmóviles. Una mujer, arrodillada, lloraba y rezaba junto al cadáver de un hombre, seguramente su esposo. Más allá, un muchacho se quejaba sordamente. La mayoría, sin embargo, permanecían aturdidos, conscientes, pero incapaces de afrontar su nueva situación.

En realidad, Robbins ignoraba dónde estaba. Lo único que podía ver era un gran recinto, de forma circular, con suficiente capacidad para contener a cuantos se encontraban allí. El suelo era plano y el techo era una bóveda de suave convexidad. No había ventanas ni aberturas de ninguna clase y el aire era perfectamente respirable, aunque por supuesto, se notaban los efectos de una deficiente renovación de la atmósfera.

Olía a sudor y a sangre y también había otra clase de olores. Algunos no habrían podido evitar que se les aflojase el vientre o la vejiga de la orina…, pero, en medio de todo, se dijo Robbins, había algo consolador: estaban vivos.

Daphne empezó a moverse. Robbins se sentó en el suelo y la apoyó en su regazo, a la vez que le acariciaba la frente con una mano. Al parecer, la artista no había sufrido ningún daño físico, salvo el susto de aquel impensado viaje.

Daphne se agitó y gimió levemente.

—Calma, no se mueva, señorita Crown —dijo Robbins—. Por ahora está bien. Siga así…

—¿Qué ha pasado…? ¿Dónde estoy?

—Eso es algo que no puedo decirle por ahora —respondió el joven—. Lo único que sé es que estamos en alguna parte y que… Perdón, soy Alan Robbins, electricista jefe.

—Ah, señor Robbins…

Daphne hizo un esfuerzo por sentarse, pero se mareó y tuvo que

recostarse nuevamente. Un hombre se acercó de pronto a la pareja.

Era Dan Helley, ayudante del director, de cuarenta y tantos años, medio calvo y terriblemente aprensivo.

—Alan, ¿qué diablos nos ha pasado? Tengo la sensación de que hemos sido secuestrados…

— ¿Secuestrados? Dan, no digas tonterías —refunfuñó Robbins.

—Te lo juro, créeme… Algo nos succionó… Aquí somos más de setecientas personas, pero se había vendido todo el aforo y había más de mil espectadores. Muchas volvieron a caer, mientras los demás subíamos y subíamos… Yo vi a Cowes, el autor…, se separó de mí y lo vi precipitarse al vacío… Vi las luces de la ciudad, que se alejaban rapidísimamente… Luego me desmayé y desperté aquí… Hay muertos y heridos, Alan…

Robbins miró a su alrededor. Daphne, encontrándose algo mejor, había conseguido sentarse.

—Tendremos que hacer algo, en efecto, Dan —dijo.

Otro hombre se acercó, casi colérico.

—Esto es obra de los rusos —bramó—. Maldita sea, si cuando tuvimos la primera bomba atómica, se la hubiésemos tirado a ellos en la cabeza…

—No digas estupideces —le reprochó otro individuo—. Aún quedan nazis por el mundo. Inventaron armas secretas, que no tuvieron tiempo de emplear, y ahora las han perfeccionado… Seguramente, nos han tomado como rehenes, para pedir una millonada al Gobierno de los Estados Unidos…

Robbins meneó la cabeza. Aquellas hipótesis eran un puro disparate. Nadie secuestraba a un teatro entero, con actores, empleados, tramoyistas y espectadores, dejándose, además, trescientos personas por el camino, para pedir un rescate. Si hubiera sido un autobús o un avión de pasajeros..

Una mujer se arrodilló, extendió los brazos en cruz y empezó a orar en voz alta, pidiendo perdón por todos sus pecados. El día del Juicio Final había llegado ya, clamó histéricamente.

Robbins procuró mantener la serenidad. Poniéndose en pie, tendió una

mano a la primera actriz.

— ¿Se siente mejor? —preguntó.

—Sí… —Daphne se contempló a sí misma. Su indumentaria aparecía con numerosos rasgones—. Estoy hecha un desastre…

—Pero viva, y eso es lo mejor del mundo —respondió Robbins.

Helley, abatido, se había sentado en el suelo y tenía la cabeza oculta entre las manos. Robbins vio que se le acercaba Peter Bourne, un actor secundario, joven y muy apreciado por todo el mundo.

—Alan, ¿tienes un pañuelo? Mi esposa está herida y sangra mucho…

Robbins hurgó en sus bolsillos. Bourne estaba sereno, pero desanimado.

—Alan, ¿qué nos ha sucedido? —preguntó.

Robbins hizo un gesto con la cabeza.

—Lo sé tan bien como tú — dijo—. ¿Necesitas ayuda?

—No, gracias. Me alegro de verla bien, señorita Crown —se despidió.

— Iré a ver qué puedo hacer por Melitta Bourne… —dijo Daphne.

Dio dos pasos y, de repente, una potente luz se encendió en lo alto de la bóveda y se oyó una voz estruendosa, de tonos ya conocidos.

— ¡Atención todos! Pónganse en pie los que puedan. En dos filas, no importa el sexo. ¡Vamos, vamos, obedezcan! ¡Aprendan a obedecer, terrestres!

CAPÍTULO II

Un gran silencio sucedió a aquellas palabras. Robbins comprendió que lo más prudente era hacer cuanto se les ordenaba. No sabía de quién procedía la orden, ni los motivos de la misma, pero una cosa era segura: no estaba armado, se hallaba en un lugar desconocido y los

actos gratuitos de valentía no casaban bien con su carácter reflexivo y prudente.

Poco a poco, todos los que podían moverse fueron formando en dos filas. Los Bourne y otros muchos quedaron en sus lugares. Robbins procuró situarse cerca de Daphne. Conocía un poco a la primera actriz. Sabía que era bastante orgullosa y se preguntó qué tal le sentaría obedecer las órdenes de un desconocido.

Para su extrañeza, Daphne había buscado un sitio en la primera de las dos filas que se habían formado en el centro de aquella especie de plaza circular cubierta. Entonces, súbitamente, se abrió una puerta en uno de los lados y una rampa de suave pendiente se desplegó automáticamente.

Pasmado de asombro, como los demás, Robbins divisó una veintena de hombres, de idéntica apariencia al que había irrumpido súbitamente en la escena, aunque con una diferencia: su traje metálico era de color plateado y llevaban unos extraños rifles.

Aquellos soldados, si se les podía calificar de este modo, se situaron frente a los prisioneros en pie, con las armas a punto. Entonces, el jefe se hizo visible en la puerta, sobre la rampa.

—Escuchen todos —dijo—. Ahora, a la derecha de ustedes, se abrirá una puerta. Atravesarán por un pasillo, de uno en uno, en silencio, sin alborotos ni protestas. A cinco pasos de la entrada, verán, a ambos lados, dos grandes discos de color ámbar. Esos discos se oscurecerán en algunos casos. Aquél que vea oscurecerse los discos a su paso, entrará por la puerta que se abrirá a continuación a su derecha. Los que no alteren la coloración de los discos, seguirán otros cinco pasos, hasta la puerta de la izquierda, lentamente, pero sin detenerse un solo segundo.

De pronto, alguien levantó una mano:

—Escuche, soy ciudadano de los Estados Unidos. Quiero saber dónde estoy, adonde me llevan y por qué me han raptado...

— ¡Cállese! —tronó el desconocido.

—No me da la gana. Tengo derecho a protestar y...

El hombre del traje dorado alzó una mano. Se oyó un seco chasquido.

Un fusil escupió algo parecido a una bola de fuego, no mayor que una

pelota de tenis. La bola alcanzó al que protestaba y lo fulminó, tras una aguda explosión.

Sonaron algunos chillidos de terror. Daphne se tapo la cara con las manos.

Robbins cambió una mirada con Bourne. El actor estaba junto a su esposa. Robbins sabía que se amaban tiernamente. No se separarían, pensó.

—Ya han tomado ejemplo de ese indisciplinado —dijo el jefe con su metálica voz, que llegaba claramente todos los rincones—. La puerta se ha abierto. ¡Empiecen a desfilar!

Las dos filas iniciaron un lento movimiento. Nadie se atrevía a alzar la voz. Algunas mujeres, a pesar de todo, lloraban y se retorcían las manos.

El desfile, vigilado por los soldados —Robbins se preguntó si no serían robots—, duró largo rato. Cuando le tocó el turno, desfiló por el pasillo. Al cruzar entre los discos, sintió un levísimo hormigueo en el cuerpo. Pero no ocurrió nada más.

Los discos mantuvieron su resplandor, nada dañino para la vista. Por tanto, Robbins siguió hacia la puerta de la izquierda.

Antes de franquearla, se volvió. Daphne pasaba en aquel momento por los discos. Sin saber por qué sintió un gran alivio al ver que la luz no sufría alteración alguna. En cambio, se oscurecieron al pasar Helley, que iba inmediatamente detrás.

A continuación, Robbins se encontró, en un largo pasillo curvo que, dedujo, contorneaba el lugar de su encierro por la parte de afuera. Sus sospechas se confirmaron cinco minutos más tarde, al encontrarse nuevamente en aquella plaza.

Pero ahora había variado la decoración.

La plaza estaba dividida en dos partes iguales, separadas por una alta verja metálica, de recia malla, que no impedía, sin embargo, ver lo que había al otro lado. A Robbins le había tocado la parte de menos espacio, dos tercios del total, estimó a ojo.

Daphne se le unió en seguida.

— ¿Qué nos va a pasar ahora? —preguntó en voz baja.

—No lo sé, pero debemos ser discretos. Recuerde lo que le pasó a ese desgraciado que se atrevió a protestar.

Daphne asintió. Robbins se dio cuenta de que en el trozo mayor se encontraban no sólo los que habían hecho oscurecer las lámparas, sino los que, por hallarse heridos o impedidos, no habían utilizado la puerta indicada. Bourne, sentado en el suelo, estaba abrazado a su esposa.

Transcurrió media hora más. La puerta se cerró detrás del último en desfilar. Entonces, sin previo aviso, ocurrió algo horripilante.

En el lugar de mayor espacio había casi seiscientas personas. Alan había apreciado que en aquel sector eran casi todo gentes maduras. En cambio, en su lado, abundaban las personas jóvenes y bien constituidas.

Y, súbitamente, el suelo en donde se hallaba la mayoría, se abrió.

Un horrible alarido se elevó de seiscientas gargantas, al sentirse precipitadas en el vacío. Sin poder contenerse, Robbins saltó hacia adelante y se aferró con manos crispadas a los hierros de la reja.

Debían de llevar mucho rato en su encierro, porque ya era de día. A través de aquel enorme hueco divisó la Tierra, a unos cuatro o cinco mil metros de altura. Y seiscientas personas caían, volteando espantosamente, mientras sus gritos se alejaban rapidísimamente.

El suelo de la plaza recobró su aspecto normal. Robbins sintió que las piernas le flaqueaban.

Volvió la cabeza. Daphne aparecía palidísima, a punto de perder el conocimiento. Robbins llegó a tiempo de sostenerla en sus brazos y evitar que cayera al suelo.

* * *

Transcurrieron unos minutos. El horror se había apoderado del centenar de prisioneros. Nadie se atrevía a despegar los labios.

Daphne empezó a recobrarse. Sus hermosos ojos grises se clavaron en el rudo rostro de su acompañante.

—Alan —musitó—, ¿son humanos los que nos han capturado?

A Robbins se le había ocurrido ya semejante posibilidad, pero era la primera vez que otra persona expresaba una idea similar. Lentamente, movió la cabeza.

—Creo que sí —contestó en voz baja—. Pero no sé más que usted...

De súbito, en silencio, la reja desapareció en el suelo. Una vez más, se abrió la puerta y aparecieron los soldados metálicos.

El jefe se hizo visible en el umbral.

—Escuchen todos con atención —dijo—. Mi nombre, rara que lo sepan, es Sikkor. Soy el jefe y debo ser obedecido sin la menor discusión. La desobediencia, ustedes lo saben bien, significa la muerte instantánea. No hay posibilidad de apelación y, como ya han tenido ocasión de comprobar, la sentencia se ejecuta en el acto. Teniendo, pues, esto en cuenta, nuestras relaciones pueden resultar mutuamente recíprocas a partir de este momento.

De pronto, alguien levantó una mano. La cabeza de Sikkor, una especie de trozo de tubo dorado, que pivotaba sobre otro más delgado, que era el cuello, y éste, a su vez, apoyado en el barril que era el tórax, giró hacia el que llamaba su atención.

— ¿Puedo hablar? —preguntó el hombre—. Si no es posible, le ruego no lo tome como rebeldía...

— ¿Nombre? —dijo Sikkor.

—Burton, Bill Burton, señor.

— ¿Profesión?

Burton vaciló. Fue sólo un segundo y, en seguida, respondió:

—Calculador de eventualidades, señor. —Oh, muy bien. Siga, Bill. ¿Qué desea? —Señor, simplemente, deseo una cosa: ¿Adónde vamos?

—Lo sabrá en su momento, Bill. Por ahora, puede estar tranquilo. Nadie les causará el menor daño, si atienden puntualmente todas las indicaciones que se les hagan. No obstante, puedo anticiparle que se va a establecer una relación que producirá beneficios mutuos: ustedes nos darán su trabajo y, a cambio, les daremos alojamiento y manutención. Eso es todo.

Sikkor se retiró y la puerta se cerró instantáneamente. Alguien lanzó una furiosa interjección:

— ¡Eso que ha dicho es esclavitud, pura y simple!

De pronto, Alan vio a un hombre que se acercaba a ellos. Con gran asombro, reconoció a Charles Deane, el primer actor de la compañía teatral, a quien había creído muerto en los primeros momentos de confusión.

Deane llegó junto a la muchacha y tomó sus manos elusivamente.

— ¡Daphne, cuánto me alegro de que estés bien...! —dijo.

Ella sonreía de un modo especial. Alan, discreto, se apartó a un lado. Conocía bien a Deane, un hombre engreído, egoísta, orgulloso de su figura y de su arte, con dos divorcios ya a cuestas... y con el espíritu de un sultán árabe, acosando siempre a todas las mujeres bonitas que se cruzaban en su camino. No había joven que obtuviese trabajo en el teatro, si antes no pasaba por las horcas caudinas que eran cualquiera de las camas de Deane, en su casa, en algún hotel o en el camerino. Deane no había gozado nunca de las simpatías generales y sólo el hecho de que era un buen actor, y que atraía a las mujeres al teatro, había impedido al director expulsarlo de la compañía en más de una ocasión.

Deane ni siquiera había reparado en él. Dahpne, por el contrario, parecía arrobada. Alan los dejó solos y se apartó, para encontrarse con Bill Burton, que charlaba con otro individuo, de unos treinta y cinco años de edad > aspecto duro.

—Hola —dijo—. Me llamo Alan Robbins. Señor Burton, he oído antes sus palabras y me siento intrigado por una cosa.

Burton sonrió.

—Alan, será mejor que nos dejemos de ceremonias —contestó—. Llámame Bill. Este es Greg Moran. Quizá te suene el nombre.

Alan parpadeó. Greg Moran, el lamoso gánster... Nunca le había visto en persona y le pareció demasiado joven, para la fama alcanzada.

— ¿Qué tal? —sonrió Moran.

—Hola... Encantado de conoceros. Yo soy el electricista jefe del teatro... Bill, ¿qué quiere decir calculador de eventualidades? —

preguntó Robbins.

Burton y Moran cambiaron una mirada. El primero, al fin, se echó a reír.

—Soy jugador profesional —contestó.

—Oh —dijo Alan.

Una mujer se acercó al grupo. Era alta, esbelta como una pantera, de pelo negro y cuerpo flexible. Burton lanzó una exclamación:

— ¡Lola! ¡Lola Bermúdez! Pero, ¿quién se lo iba a figurar...?

La recién llegada sonrió de mala gana.

—Estamos metidos en un buen lío, ¿eh, Bill?

—Así parece, querida. Mira, te presentaré... Greg Moran, Alan Robbins... Muchachos, ésta es Lola, una buena amiga.

Hubo un intercambio de saludos. Luego, Lola dijo que quería saber el significado de la respuesta «intercambio de trabajo y alimentación».

—No lo he entendido bien... —se disculpó.

—Es muy sencillo —dijo Alan—. Fijaos en los que hemos quedado, aproximadamente, un centenar, de más de setecientos que llegamos a este sitio. Nos hicieron pasar por un lugar donde había unas lámparas que, en determinados casos se oscurecían. Ahora, aquí, todos los que quedamos somos jóvenes y sin defecto físico. Por lo que puedo apreciar, la edad máxima es de cuarenta años. Ciertamente, también había gente joven entre los que fueron lanzados al vacío... pero, probablemente, esas lámparas, para mí aparatos de diagnóstico, encontraron algún defecto orgánico, que les hacía inútiles para el trabajo, sea el que nos vayan a encomendar Sikkor y sus soldaditos de metal.

Moran frunció el ceño.

—Dudo mucho de que me hagan curvar el espinazo —dijo furiosamente.

—Te aconsejo no desobedezcas ninguna orden —contestó Alan—. Pero, de todas formas, eres libre de hacer tu voluntad.

—Pienso lo mismo que él, Greg. No cometas imprudencias y vivirás

largos años..

De repente, se oyó una serie de timbrazos. Parte del suelo se elevó para formar una larga mesa. Un altavoz emitió una orden:

—Acomódense a ambos lados de la mesa. Les van a servir la comida.

La mesa, de unos cincuenta metros de largo, por dos de ancho, quedó con la altura del mostrador de una cafetería, pero no apareció ningún taburete. Uno de sus extremos quedó junto a la pared, en la que se abrió un hueco, por el que empezaron a desfilar unos cuencos llenos de una sustancia amarillenta, de consistencia siruposa. Cada cuenco disponía de una cuchara.

El altavoz dijo:

—La comida está plenamente adecuada a las necesidades del organismo. Tal vez no les agrade demasiado su sabor, pero puedo garantizarles es nutritiva, reconfortante y con las vitaminas necesarias. Al terminar, dejen los cuencos y las cucharas en el mismo sitio. Eso es todo, muchas gracias.

Alan agarró uno de los cuencos y probó su contenido. El sabor de aquella pasta semilíquida era más bien soso, pero, pensando en que debía conservar las fuerzas, vació el cuenco. Muchos se mostraron renuentes a probar siquiera la comida, pero una tonante orden de Sikkor les hizo apresurarse a manejar la cuchara:

—Negarse a comer significa desobediencia. Y la desobediencia sólo se castiga de una manera.

Veinte minutos más tarde, todos los cuencos estaban vacíos. Entonces la mesa se hundió en el suelo, con el «servicio». La plaza tomó de nuevo su aspecto primitivo.

Una vez más, se oyó la voz de Sikkor:

—Seguramente, todos vosotros os habéis estado preguntando adonde os llevamos. Bien, ha llegado el momento de que conozcáis la respuesta, nos dirigimos al planeta en que habitamos y que nosotros conocemos por el nombre de Truggon.

Alan no se pudo contener y dio un paso hacia adelante, a la vez que levantaba la mano.

— ¿Está muy lejos? —preguntó.

—En medidas ideadas por la ciencia terrestre, setenta y cinco años luz —contestó Sikkor.

CAPÍTULO III

El día transcurrió lentamente. Alan pudo medir el paso del tiempo por su reloj. Hacia las seis de la tarde, volvieron la mesa y los cuencos de la comida. A bordo de la nave no se notaba el menor movimiento.

Alguno dijo que era imposible viajar por el espacio a un planeta situado a cuatrillones de kilómetros de la Tierra. Puesto que no veían nada de lo que había en el exterior, resultaba imposible comprobar la veracidad de las afirmaciones de Sikkor. Alan, particularmente, se sentía inclinado a creerle. No cabía ya la menor duda; habían sido secuestrados por unos extraterrestres, dueños de una técnica avanzadísima, y al mismo tiempo, carentes por completo de sentimientos.

La rebelión era imposible. Fugarse de la nave, poique estaban en una nave, ni soñarlo.

¿Qué sería de ellos?

Vivirían en Truggon durante años..,, condenados a realizar un durísimo trabajo..., tal vez en alguna mina...

Deane y Daphne seguían juntos. Alan meneó la cabeza. Aquella chica no se merecía un tipo de la calaña del primer actor. Ahora Daphne no tendría quien le abriese los ojos, pensó melancólicamente.

A las ocho de la noche, Sikkor dejó oír su voz:

—Es hora de dormir.

Las luces se atenuaron. Al mismo tiempo, el suelo se hizo blando. Alan buscó un rincón y cerró los ojos.

En la nave había unos lavabos, para ambos sexos. Al menos, podían ir a uno de los grifos y beber agua.

En ese asunto, Sikkor había sabido ser comprensivo, al menos.

Al cabo de un buen rato, oyó un grito sofocado, seguido del inconfundible chasquido de una bofetada. Alan irguió un poco la cabeza.

Daphne, enfurecida, dijo:

— ¿Es que no sabes pensar más que en «eso», Charles?

Alan se recostó de nuevo, sonriendo para sí. Oyó a Deane que murmuraba excusas. Alguien soltó una risita. Cerca de él, Lola murmuró:

—Los hay desaprensivos...

El sueño venció finalmente a Alan. Cuando se dio cuenta, los timbres sonaban de nuevo.

—Son las seis de la mañana. Vayan a los aseos. El desayuno se servirá a las siete en punto.

El recinto se puso en movimiento. Hubo ruido de cisternas que se vaciaban. Empezó a correr el agua de las duchas. La gente, pensó Alan, empezaba a tomárselo con filosofía. Hasta se oían algunas risas.

Terminado el desayuno, Sikkor habló de nuevo:

—Es preciso que conozcan el lugar en que van a residir a partir de ahora. Presten atención a la pantalla.

Un rectángulo de vidrio deslustrado, de unos cinco metros de lado, se elevó del suelo. En algún sitio, empezó a funcionar un proyector. Alan, como sus compañeros de cautiverio, vio un paisaje con árboles y hierba. Había también un riachuelo y, al fondo, se divisaba una larga montaña, árida y desprovista de vegetación.

La cámara se acercó a la montaña, deteniéndose en un punto situado al pie. Alan apreció un raro color verdoso en algunas de las piedras.

Sikkor dijo:

—Ahí es donde vais a trabajar, en la forma que se os indicará. Ya están construyendo los elementos para vuestro alojamiento. Vuestra labor consistirá en arrancar las piedras de color verdoso y amontonarlas en el lugar que se os indicará.

— ¿Cuánto tiempo? —preguntó Burton.

—Toda la vida.

Hubo un momento de silencio. Luego se produjo un ensordecedor griterío de protestas.

— ¡Silencio! —bramó Sikkor—. No quiero oír una sola voz más o diezmaré el grupo. ¿Conocéis el significado de la palabra diezmar?

Alan apretó los labios. Uno de cada diez podía ser ejecutado, si se le antojaba a aquel megalómano.

—Respetuosamente, pido una aclaración, señor —dijo.

— ¿Qué quieres saber? —preguntó Sikkor.

— ¿Para qué sirven esas piedras, señor?

—Combustible para nuestras naves. Eso es todo.

Daphne se acercó inesperadamente al joven.

—Combustible... ¿Qué puede ser, si no parece carbón Alan?

Había una expresión sombría en los ojos de Alan.

—Uranio, ¿qué otra cosa puede ser? —respondió.

—La radiactividad nos abrasará los huesos —se estremeció ella.

—En estado natural, no, para unos días o unas semanas solamente... Pero si hemos de estar allí toda la vida...

— ¿Por qué? ¿Por qué nosotros, Alan? —clamó ella desesperadamente.

Pero el joven no sabía qué responderle.

* * *

Los días transcurrían monótonamente en el encierro. Aunque era lugar amplio, con espacio de sobras, no faltaban de vez en cuando las fricciones entre personas con exceso de nervios. Además, había unas treinta mujeres jóvenes y ello provocó los naturales chispazos. Dos

hombres se pelearon salvajemente. Uno de ellos agarró a su contrincante por el cuello y lo hubiera estrangulado, de no haber sido por Alan, que lo dejó sin sentido de un puñetazo.

El fragor de la lucha llegó a oídos de Sikkor.

—Tú, ven —llamó.

Alan se sorprendió.

— ¿Es a mí? —preguntó.

—Sí.

—Señor, yo sólo trataba separar..,

—Te he dado una orden.

—Sí.

La puerta se abrió y se desplegó la rampa. Alan inició la subida.

Daphne corrió hacia él.

—Alan...

El joven se volvió y sonrió.

—Adiós.

Cerca de ellos, Deane sonreía burlonamente. Alan le dirigió una mirada despreciativa y continuó su camino.

Dos soldados le flanquearon de inmediato. Alan se encontró en un cubículo, cuyo suelo se elevó en el acto. Cinco segundos más tarde, el ascensor se detuvo. La pared frontera desapareció.

—Entra —ordenó Sikkor.

Estaba en pie, contemplándole a través de aquellas semiesferas de cristal que, en la cara de tubo, ocupaban el lugar de los ojos. Alan sintió un vago temor al hallarse en una gran estancia, de suelo espejeante, en la que se divisaban dos enormes esferas de vidrio, que despedían continuamente destellos de luces de todos los colores.

Cada esfera estaba atravesada por un cilindro de vidrio, de unos sesenta centímetros de diámetro, por cuyo interior subían y bajaban

largas ráfagas de luz polícroma.

Detrás de Sikkor había un gran disco de cristal translúcido, perlino. No había asientos ni otro mueble que invitase al descanso. Nada, en fin, recordaba al mobiliario terrestre. Si Alan había abrigado alguna duda acerca del lugar en que se hallaba, aquel espectáculo la disipó en el acto.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó Sikkor.

—Alan Robbins, señor.

— ¿Por qué has pegado a un hombre?

—Se peleaba con uno de los prisioneros, señor. Pensé que podía hacerle daño y decidí intervenir, antes de que fuese demasiado tarde

— ¿Por qué se peleaban?

—Los nervios, supongo, señor. Llevamos ya demasiados días de encierro…

—El viaje hasta Truggon es un poco largo, en efecto —dijo Sikkor, con sorprendente amabilidad—. Lo siento mucho, pero no teníamos otro recurso que raptaros, si queríamos sobrevivir.

Alan enarcó las cejas.

—Señor, ¿queréis decir que, sin nosotros, podéis morir?

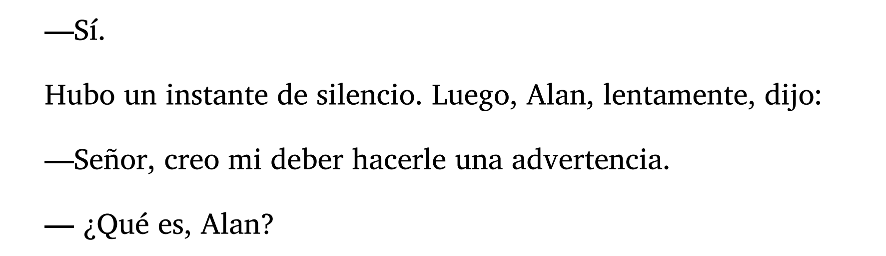
—Lamentablemente, es así. Los que teníamos en el campo de trabajo murieron muy rápidamente. Duraron menos de dos semanas.

Alan sintió un espantoso pánico al oír aquellas palabras.

— ¿Tan… dañino es el trabajo en aquel lugar? —preguntó.

—Para vosotros, no —contestó Sikkor—. Los que estuvieron antes que vosotros pertenecían a otra raza, muy sensible a las emanaciones que se desprenden de ese mineral. Pero puedes estar tranquilo; mientras no os rebeléis, seréis bien atendidos y alimentados adecuadamente, y tendréis una jornada regular de trabajo, que no os dejará exhaustos. A cada uno se le fijará un cupo determinado de mineral y, una vez cumplido, podrá descansar o hacer lo que le plazca, siempre que no se salga del recinto que os será asignado.

—Y eso durará toda la vida…



—Sí.

Hubo un instante de silencio. Luego, Alan, lentamente, dijo:

—Señor, creo mi deber hacerle una advertencia.

— ¿Qué es, Alan?

—Somos humanos. El ser humano, por naturaleza, se considera libre. Sólo en determinadas circunstancias, y por haber cometido algún delito, acepta ser privado de su libertad.

— ¿Tratas de decirme que intentaréis evitar el cautiverio?

—Simplemente, te hago ver nuestro punto de vista, señor.

—Ya —dijo Sikkor—, Pero, para nosotros, habéis cometido un delito.

— ¿Cuál, señor?

—Sois más débiles que nosotros, Alan. El joven inspiró con fuerza.

—Una respuesta muy esclarecedora, señor —dijo.

Sikkor movió una de sus manos metálicas.

— Celebro que lo comprendas así. Puedes retirarte.

Alan juzgó que lo más prudente era hacer una inclinación de cabeza. Casi en el acto, se abrió la puerta del ascensor,

* * *

Cuando llegó al lugar de su encierro, fue acosado a preguntas por la mayoría de los compañeros de cautiverio.

—No esperábamos verte de nuevo —dijo Burton.

— ¿Has hablado con Sikkor? —preguntó Lola.

— ¿Qué te ha dicho?

— ¿Por qué estamos aquí?

Era Deane el autor de la última pregunta. Alan le miró largamente.

—Por una sola razón —contestó.

— ¿Cuál es la razón? —exclamó Moran.

—Son más fuertes que nosotros.

Un profundo silencio siguió a la respuesta del joven. Una mujer se separó del grupo y rompió a llorar convulsivamente.

Daphne estaba muy pálida.

—Ya no volveremos a la Tierra —murmuró.

Deane puso un brazo en torno a sus hombros.

—Como dijo aquél, nunca se ha perdido nada, hasta que no queda nada —dijo altisonantemente.

Alan le dirigió una mirada desdeñosa. Aquel tipo, pensó, no tenía nada debajo de su elegante cabellera, recortada al estilo de los Césares romanos. Era sólo un hombre guapo, pero completamente sin seso.

Moran le hizo una seña. Alan se acercó al gánster.

—Dime, Greg.

—Ese hijo de perra de Sikkor nos ha capturado, pero se nota que no es terrestre. Hasta el policía más imbécil hubiera hecho lo que él no ha hecho.

—No entiendo..,

Moran se tocó el lado izquierdo de su chaqueta.

—Tengo una pistola —dijo. Alan levantó las cejas.

—Cuidado —advirtió.

—Podríamos intentar un golpe de fuerza.

— ¿Una pistola contra veinte fusiles que disparan granadas eléctricas?

—Ahora, quizá no, pero más adelante...

—Greg, suponiendo que la cosa saliera bien,, ¿cómo podríamos gobernar esta nave, para el viaje de vuelta a la Tierra? No tenemos la

menor idea de su manejo.

—Pero algo tenemos que hacer, creo yo. No vamos a estarnos mano sobre mano...

—Greg, Sikkor y los suyos nos necesitan. Tenemos que trabajar para ellos. Nos quieren vivos; muertos no les servimos para nada. Dejemos pasar algún tiempo. Antes de emprender una acción, conviene conocer bien el terreno. La pistola, en efecto, puede sernos útil, pero guárdala hasta que llegue el momento.

Moran asintió.

—Lo tendré en cuenta —dijo—. Pero todavía no ha nacido el bastardo que pueda burlarse de Greg Moran impunemente. Tarde o temprano se lo haré pagar.

—Cuando lo consigas, procura tener todas las cartas en tus manos — aconsejó Alan.

—No le dejaré un dos siquiera —rió el gánster.

CAPÍTULO IV

De repente, una semana más tarde, cuando ya los nervios de los prisioneros estaban a punto de estallar, , Sikkor dio una orden:

Pasen uno tras otro a los lavabos. Encontrarán unos monos, con los que sustituirán sus ropas. Esos monos son adaptables a cualquier complexión y llevan el calzado consigo. Dejen sus ropas en un rincón. Eso es todo.

El cambio de indumentaria duró casi una hora. Alan se encontró vestido con un traje de una sola pieza, de color gris claro, que, en efecto, se acomodaba sin dificultadla su robusta figura. Se preguntó qué haría Moran para ocultar la pistola, ahora que tenía que vestir una prenda que ponía de relieve todos los detalles anatómicos.

Una vez vestidos, Sikkor dio otra orden:

— ¡A formar en dos filas!

Los soldados de traje de metal hicieron su aparición. Entre los prisioneros reinaba un silencio absoluto. De pronto, todo un lienzo de pared se alzó y quedó un hueco de unos dos metros de lado.

Se oyó un grito unánime. Delante de Alar había un sujeto de casi dos metros de altura. Alan tuvo que ladearse para contemplar el paisaje que había al otro lado de la abertura.

¡Bienvenidos a Truggon! —sonó la voz de Sikkor un tanto sarcásticamente, según le pareció al joven—. Habéis llegado al lugar en el que vais a residir permanentemente a partir de este momento. Salid y disfrutad del panorama. Podéis pasear libremente por todas partes. No obstante, debo advertiros que encontraréis una alta valla metálica, que señalará para siempre los límites del lugar en que vais a vivir. No os acerquéis a menos de dos metros de la valla: moriríais instantáneamente. Al anochecer, se os congregará para llevaros a vuestros alojamientos. Mañana se os iniciará en el trabajo. Eso es todo. ¡Adelante, huéspedes de Truagon!

La doble columna se puso en marcha. Alan aspiró el aire fresco y perfumado. Vio árboles, y arbustos con flores, hierba, arroyos de claras aguas y también divisó la montaña de las piedras verduscas, a unos dos mil metros de distancia.

La valla metálica quedaba a unos trescientos metros. Brillaba refulgentemente y, aun en la distancia, se podía apreciar que su altura no bajaba de veinte metros. Luego, Alan se volvió.

Contempló la nave y quedó anonadado.

Aquel aparato, tan alto como una casa de veinte pisos y de más de cuatrocientos metros de diámetro, les había transportado a través de billones de kilómetros en el espacio. No, se dijo amargamente, nunca volverían a la Tierra. Morirían allí, lenta, gradualmente..., y cuando todos hubieran desaparecido, Sikkor y sus soldados de metal, emprenderían otra razzia para capturar esclavos.

Algunos de los cautivos, abrumados, se habían dejado caer sobre la hierba. Otros, tomándoselo con más calma, empezaban a recorrer los alrededores. Unos cuantos se dirigían al arroyo más próximo, con la evidente intención de tomar un baño.

Un poco más allá, Deane y Daphne charlaban animadamente. Ella estaba recostada contra un árbol. Deane parecía casi pegado a la joven.

Alan oyó una frase, pronunciada por el primer actor:

—Yo te rescataré de la cautividad y te devolveré sana y salva a la Tierra...

Alan meneó la cabeza. Deane no cambiaría nunca.

Siempre sería el mismo sujeto fatuo y engreído, incapaz de enfrentarse con la realidad.

Lola y Bill se le acercaron.

—Podríamos tomar un baño —dijo el primero.

—No es mala idea —accedió Alan.

—Las mujeres primero, por supuesto —sonrió Burton.

Lola hizo una mueca.

— ¿Crees que me asusto de que me vean desnuda?

—Claro que no, guapa, pero considera nuestra situación... —dijo Burton sarcásticamente—. No nos tientes más...

De repente, se oyó un fuerte griterío. Alan y sus amigos volvieron la cabeza.

Deane se había subido en una roca y estaba pronunciando un discurso lleno de inflamados conceptos.

—Somos hombres libres, porque nacimos libres. ¿Hemos de dejar que unos seres inferiores nos esclavicen? Uno de nuestros más preclaros políticos lo dijo en memorable ocasión: «Dadme libertad o dadme muerte»..., y yo os digo que los terrestres, antes que ser esclavos, preferimos morir...

—Ese hombre está loco —gruñó Alan.

—Pero ¿qué diablos pretende? —barbotó Lola.

Un clamor general acogió las palabras del primer actor. Más de cincuenta personas le aplaudían frenéticamente.

De pronto, Deane agitó el brazo.

—Hombres y mujeres de la Tierra, demostremos a nuestros captores

que somos capaces de las más altas empresas...

Alan emitió una gruesa interjección.

—Ese maldito estúpido —dijo.

Y, sin poderse contener, saltó hacia adelante.

—Está loco, Deane —gritó—. ¿Con qué va a atacar a los soldados? ¿Con las manos desnudas? ¿Cree que nuestros secuestradores pueden ser derrotados con frases grandilocuentes?

Deane le miró fríamente.

—Apártese, cobarde —dijo.

—No. Oiga, Charles...

—«Señor» Deane, por favor. . —pidió el actor orgullosamente.

—Váyase a la... En esta situación, ¿cree eme sirven de algo los tratamientos ceremoniosos? Es usted un maldito imbécil, ávido de aplausos a cualquier precio...

Deane disparó el puño derecho. Alan lo esquivó fácilmente y contestó con un demoledor derechazo que dejó al actor sin sentido instantáneamente.

Daphne corrió hacia Deane y se arrodilló junto a él. Sus ojos despedían inflamadas chispas de cólera.

—Cobarde... Prefiere humillarse ante nuestros secuestradores.

—El chico es sensato, guapa —terció Moran inesperadamente—. A mí, tan poco como a usted, me gusta lo que está pasando, pero sé usar la cabeza. Y sí no, ¿adónde cree que iban a conducirle la pésima retórica de ese actor de mala muerte? ¡Mire, pedazo de tonta, mire!

Atónito por la virulenta filípica, Daphne alzó la cabeza. Una intensa palidez cubrió de inmediato sus facciones.

Alan se volvió también. Sonaron algunos gritos de espanto.

Parados frente a la nave, de espaldas a la puerta, había veinte soldados de metal, con los fusiles a punto.

El ardor producido por los discursos de Deane se enfrió

instantáneamente. Algunas mujeres gritaron, aterradas.

Moran se encaró con el joven.

—No hagas caso de ese estúpido —dijo—. Sólo quería hacer méritos delante de la chica. En el fondo, es un cobarde.

Alan hizo un gesto de aquiescencia. De pronto, se oyó una voz tonante, bien conocida por todos:

—Alan, ven.

Obediente al mandato de Sikkor, Alan echó a andar hacia la astronave.

* * *

Dos soldados le condujeron hasta la sala que ya conocía, dejándolo solo frente a Sikkor. De repente, Alan vio algo que corría por el suelo y trepaba por la espalda de Sikkor. Tardó unos segundos en comprender la verdad.

Aquella cosa parecía un hombrecillo de no más de treinta centímetros de alto, provisto de unos brazos muy largos y flexibles como serpientes. Tenía un color mezcla de amarillo y verde y disponía de dos diminutos ojos triangulares en un rostro liso y con una pequeña abertura en el lugar de la boca. Las piernas, por contraste, eran ridículamente pequeñas, sobresaliendo de un cuerpo que parecía un panecillo, pero le permitían moverse con notable rapidez.

El diminuto hombrecillo desapareció en el interior tic la cascara de metal. Alan dio unos pasos hacia adelante, para rodear la estatua, pero ésta movió un brazo repentinamente.

—Quieto donde estás.

El joven se inmovilizó en el acto. Los cristales de los ojos de aquella cara de tubo brillaron con vivos chispazos.

—Lo has adivinado —dijo Sikkor.

—Estoy asombrado —confesó el joven.

Sonó un leve chasquido. Alan creyó ver una puerta que se abría en la espalda del torso de barril. Luego, el enano apareció ante sus ojos.

—Los nativos de Truggon somos así —dijo Sikkor.

Alan contuvo una sonrisa. Podía destrozar al hombrecillo de un puntapié, pero logró dominar sus impulsos. La tuerza bruta no iba a servirle de nada. Estaban muy lejos de la Tierra... y era preciso volver.

—Bueno, cada raza estelar tiene su forma propia —dijo Alan tranquilamente—. Y no es el tamaño lo que sirve de medida a la inteligencia, ni menos la fuerza.

—Me gusta tu sensatez —la voz de Sikkor, desprovista ahora del resonador megafónico, resultaba increíblemente delgada, completamente infantil—. He visto lo que has hecho y, con gran agrado por mi parte, he podido comprobar que has evitado una matanza.

—Pero, hombre, ¿cómo no intentar evitar que se os hiciera el menor daño? Ese hombre estaba loco; no hagas caso de lo que diga, te lo suplico.

—Sí, pero si insiste, tendré que dar orden de que lo maten. Alan, tú me gustas.

El joven se inclinó.

—Gracias, señor.

—Te nombro jefe del grupo de prisioneros. Tú dirigirás los trabajos de recolección de combustible.

—Señor, temo que no me obedezcan...

—Daré la orden, en cuanto hayas salido de aquí. A partir de este momento, tú serás el jefe y el portavoz de tus compañeros. ¿Está claro?

Alan volvió a inclinarse.

—Soy tu obediente servidor —dijo, solemne.

—Gracias. Guardarás el secreto, ¿verdad?

—Por supuesto, señor. —Alan ocultó una sonrisa—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí. ¿De qué se trata?

— ¿Cuánto combustible necesitáis?

—Oh, pues... En términos terrestres, yo diría que unas mil toneladas.

Alan hizo un rápido cálculo. Eran unos cien prisioneros. Si cada uno conseguía cien kilos diarios, en cien días...

—Y luego ya no nos necesitaréis, supongo.

Sikkor vaciló un instante, detalle que no dejó de ser captado por Alan.

—Pues... no —contestó al cabo aquel hombrecillo—. Ya no os necesitaremos.

—Lo Cual significa que podrás devolvernos a la Tierra.

—Sí, claro.

—En tal caso, procuraremos trabajar lo más rápidamente posible. ¿Vale?

—Vale.

Sikkor echó a correr, trepó a la estatua de metal y cerró la portezuela interior. Alan se figuró un asiento ocupado por el enano, con un tablero de control, que le permitiría mover los brazos y las piernas, además Je la cabeza, aparte de poder utilizar el altavoz.

—Sal —ordenó Sikkor.

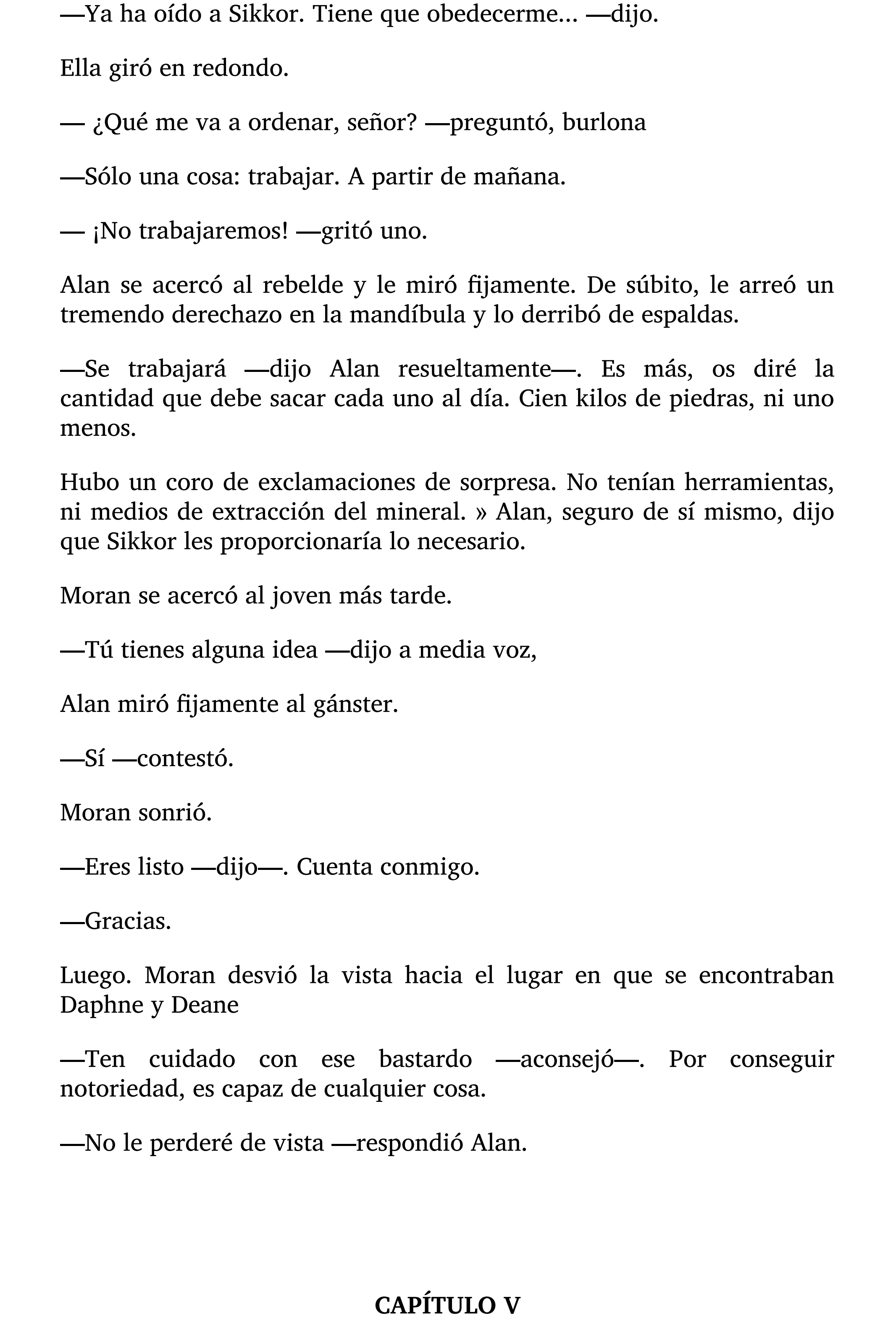
Alan apareció de nuevo en el exterior, en medio de una gran expectación. La voz de Sikkor tronó en la llanura:

—He ordenado jefe de todos vosotros a Alan Robbins. Ordeno que sea obedecido como si fuese yo mismo. Quien le desobedezca, tendrá que enfrentarse con mi ira. Eso es todo.

Algunos silbaron. Daphne, con el rostro encendido de cólera, se acercó al joven.

—Traidor — Le escupió literalmente en la cara—. Charles sí es un hombre digno y no usted, miserable colaboracionista...

Alan levantó una mano y se limpió el rostro con el dorso.



—Ya ha oído a Sikkor. Tiene que obedecerme… —dijo.

Ella giró en redondo.

— ¿Qué me va a ordenar, señor? —preguntó, burlona

—Sólo una cosa: trabajar. A partir de mañana.

— ¡No trabajaremos! —gritó uno.

Alan se acercó al rebelde y le miró fijamente. De súbito, le arreó un tremendo derechazo en la mandíbula y lo derribó de espaldas.

—Se trabajará —dijo Alan resueltamente—. Es más, os diré la cantidad que debe sacar cada uno al día. Cien kilos de piedras, ni uno menos.

Hubo un coro de exclamaciones de sorpresa. No tenían herramientas, ni medios de extracción del mineral. » Alan, seguro de sí mismo, dijo que Sikkor les proporcionaría lo necesario.

Moran se acercó al joven más tarde.

—Tú tienes alguna idea —dijo a media voz,

Alan miró fijamente al gánster.

—Sí —contestó.

Moran sonrió.

—Eres listo —dijo—. Cuenta conmigo.

—Gracias.

Luego. Moran desvió la vista hacia el lugar en que se encontraban Daphne y Deane

—Ten cuidado con ese bastardo —aconsejó—. Por conseguir notoriedad, es capaz de cualquier cosa.

—No le perderé de vista —respondió Alan.

CAPÍTULO V

Los barracones de alojamiento eran grandes y cómodos, si bien amueblados espartanamente. Aquella misma tarde, Alan examinó el terreno del que debían sacar las extrañas piedras, que servían para un desconocido combustible, utilizado por los truggonitas. Por fortuna, apreció, no se necesitaban otras herramientas que las manos.

En la misma noche, habló con Sikkor. Al día siguiente, Sikkor había hecho instalar una báscula en uno de los lados del campo de trabajo. Alan estableció turnos de vigilancia en la báscula. Después de que se pesaban los cien kilos, las piedras eran colocadas en un montón aparte.

Hubo protestas y fricciones en los primeros días. Alan fue de unos a otros, procurando calmar los ánimos y atemperar los nervios excitados. Burton, Moran y Lola lo secundaban eficazmente. Ellos confiaban en el joven.

El montón de piedras verdosas crecía con regularidad. Alan calculaba que, una vez conseguida la cuota, habría que trasladarlas a la nave. Casi el mismo día de iniciados los trabajos, conoció parte de la naturaleza de los pedruscos.

Uno de los prisioneros, Jeb Rattigall, dijo tener estudios de geología.

—No es uranio —declaró—. Y si lo hay, es en una proporción ínfima, como en general, suele haber en la mayoría de las rocas terrestres. Estas, ciertamente, se diferencian muy puco de las de nuestro planeta.
—Entonces, ¿qué es?

Rattigall se inclinó, tomó dos piedras, de diferente tamaño y machacó una de ellas, hasta reducirla casi a polvo. Gran parte del color verdoso fue sustituido por un tono dorado vivo.

—Oro —dijo Alan, pasmado.

—Es un cuarzo aurífero de una riqueza excepcional —afirmó Rattigall —. Si estuviéramos en la Tierra, se produciría una estampida colosal. Al menos, hay un cuarenta por ciento de oro.

Alan silbó.

— ¿Y para qué diablos quieren ellos tanto oro? En mil toneladas, saldrán cuatrocientas...

— ¿No dijeron que necesitaban combustible?

—Sí.

—Tal vez su nave se mueve quemando oro, si es que la frase resulta correcta. No sabemos qué clase de generadores son los suyos, pero, tratándose de extraterrestres, cualquier cosa es posible.

—Cierto —convino Alan—. Sobre todo, si pensamos que nos secuestraron hace menos de un mes y que, en ese tiempo, hemos viajado a setenta y cinco años luz de la Tierra.

—Son enteramente distintos de nosotros... y mientras estemos aquí, hemos de procurar amoldarnos a la situación. Lo que importa es sobrevivir; el orgullo y el amor propio, en estas circunstancias, no son más que palabras huecas y sin sentido.

Alan palmeó la espalda de Rattigall, a quien aconsejó, por prudencia, que no divulgase la naturaleza del mineral.

—Incluso aquí, donde no hay nada que comprar, podrían producirse conflictos —dijo.

—Callaré —prometió Rattigall.

Los días transcurrían con relativa calma. Ciertamente, reunir cien kilos diarios de piedras no era una labor demasiado costosa. A veces, con diez piedras cada uno, había más eme suficiente.

Alan se percató de que el actor estaba rodeado de una camarilla de sujetos, a los cuales parecía dirigir con palabras altisonantes, mezcladas con frases adulatorias. La actitud de Deane no le gustaba en absoluto y así se lo dijo a Daphne en cierta ocasión en que se encontró con la joven, que llevaba una piedra en las manos.

—A usted nunca le ha caído simpático —contestó ella hoscamente.

—No, nunca. Aparte de su conducta privada, está la otra conducta. Recuerde el conflicto con el director Forbes...

—Deane fue el primero que dio la cara...

—Sí, pero despidieron a Rosa Ward y a Denis Chayle. Deane fue el que provocó el conflicto, pero cuando llegó la hora de la verdad, cuando llegó el momento de mantener el tipo, se echó atrás y no alzó un solo dedo por evitar el despido de la Ward y Chayle. Usted le cree el mejor

hombre del mundo y, en realidad, es una rata cobarde.

Furiosa, Daphne le tiró la piedra a la cara. Alan alzó las manos a tiempo para evitar un golpe nada agradable.

—Siga, siga con él —sonrió—. Cuando se haya cansado dé usted, la dejará a un lado, como un trapo sucio.

Daphne se alejó, rabiosa. Alan la vio hablar poco después con el actor. Pero tenía trabajo y dejó de preocuparse de la pareja.

El montón de piedras crecía a diario. Alan empezó a preguntarse cuándo iniciarían el traslado a los almacenes de la nave.

Dos semanas más tarde, el montón de cuarzo aurífero había alcanzado una altura respetable. Según los cálculos de Alan, había ya allí ciento cincuenta toneladas. Sesenta toneladas de oro, una cifra mareante.

Aquel día, vio a Deane que se alejaba del campamento con un grupo de secuaces. Había uno de ellos tremendamente fornido, de más de dos metros de altura, que llevaba en las manos una piedra que no pesaría menos de veinte kilos. Burton, alarmado, corrió hacia el joven.

—Alan, tenemos que hacer algo —dijo—, Esos tipos van a cometer una locura..

—Vamos allá, Bill.

Lola se les unió en el acto. Moran corrió también con ellos.

De pronto, vieron que el grupo de Deane se detenía a diez pasos de la valla. Alan presintió las intenciones de aquellos sujetos.

— ¡Quietos! —gritó.

Deane se volvió y le unió despreciativamente.

—Cállese, mono —dijo—. Vamos, Rube, haz lo que te he dicho.

El gigante asintió. Alzó la piedra sobre su cabeza, tomó impulso y la lanzó con toda su potencia contra la valla. ,

Alan contuvo el aliento. El enorme pedrusco chocó contra el metal de la valla, que emitió en el acto un vivísimo chisporroteo. Pero eso no fue todo.

Una fuerza misteriosa, de gran potencia, rechazó la piedra, haciéndola

seguir una rapidísima trayectoria, en sentido diametralmente opuesto. Antes de que nadie pudiera evitarlo, la piedra alcanzó de lleno el cráneo del gigante.

Se oyó un aterrador chasquido. El hombre cayó fulminado, con la cabeza destrozada por el terrible impacto.

Deane se quedó helado. Alan contempló la escena un instante. Luego, enfurecido, saltó sobre el actor y lo aganó por el cuello con ambas manos.

— ¡Imbécil! —lo apostrofó—. Maldito idiota, ese hombre ha muerto por tu causa... Se le advirtió que no había que acercarse a la valla, y usted.. Cerdo asqueroso..

Los ojos de Deane amenazaron con salirse de sus órbitas. La lengua asomó entre los labios, de los que brotaba un gruñido inarticulado.

Una mano se apoyó en el hombro del joven.

—Déjalo, no vale la pena —dijo Moran, persuasivamente.

Alan recobró la cordura y soltó a Deane. El actor cayó de rodillas, con la cara amoratada y tosiendo espasmódicamente.

—No, no vale la pena —contestó Alan, tras una fuerte inspiración. Se volvió hacia los oíros—. Ya han visto a lo que conducen las estúpidas palabras de ese saco de vanidad —gritó—. Ahora, entierren a su amigo. Recen por su alma... y tomen ejemplo para lo sucesivo.

— ¡Somos hombres libres! —chilló uno—. No nos resignamos a la esclavitud...

Alan señaló hacia la nave.

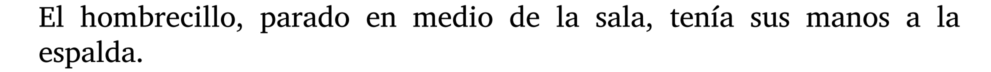
—Entonces, vayan allá y conquisten su libertad —exclamó.

No hubo respuesta. Lola se acercó al joven y le puso una mano en el brazo.

—Déjalos —aconsejó.

Alan meneó la cabeza. En aquel instante, se oyó el trueno de voz de Sikkor: — ¡Alan, ven!

* * *



El hombrecillo, parado en medio de la sala, tenía sus manos a la espalda.

—He visto lo que ha sucedido —dijo.

—No por mi culpa —respondió Alan de mal talante—. Puedo dirigir los trabajos, pero carezco de un control efectivo sobre sus mentes.

—Lo sé. De todas formas, hicimos un trato. ¿Lo recuerdas?

—Mil toneladas de mineral.

—Exactamente. Cuando hayáis completado la cifra, quedaréis libres.

—Muy bien, pero, me pregunto, será preciso transformar el mineral. ¿O lo usáis en su actual estado?

—Cuando llegue el momento, os daremos materiales para la transformación.

—De acuerdo. Sikkor, quiero pedirte un favor.

— ¡Hum! —vaciló el hombrecillo—. ¿De qué se trata?

—El mineral que extraemos, una vez purificado, es combustible para vuestra nave. Sin duda lo quemáis en alguna caldera, algún generador...

—Cierto, pero no enseñamos a nadie los secretos de nuestras máquinas...

—Discúlpame. Te ruego no tomes en cuenta mi petición.

La delgada hendidura que era la boca de Sikkor se curvó en lo que parecía una sonrisa.

—Tú eres un buen hombre, Alan —dijo.

—Gracias, señor.

—Cuando esto termine..., puede que tenga para ti una recompensa especial.

—No deseo otra recompensa que el placer de serviros, mi señor —contestó Alan.

—Sí, eres un buen hombre. Tendrás una recompensa especial. Ahora, vete.

—Soy tu obediente servidor.

A Alan no le gustaba en absoluto el papel que estaba desempeñando, pero creía que debía hacerlo así. Desconfiaba de la aparente bondad de Sikkor. Un ser capaz de raptar a todo un teatro, dejándose en el camino trescientas personas y eliminando luego a seiscientas más, a causa de posibles defectos en el organismo, era capaz de cualquier cosa. No, no se fiaba en absoluto de Sikkor y estaría constantemente prevenido, para evitar una jugarreta por parte de aquel homúnculo.

Cuando iba a salir, recordó algo.

—Ah, todavía no les he dicho que, una vez conseguidas las mil toneladas de piedras, habrá terminado nuestro cautiverio. ¿Puedo anunciarlo, señor?

—Por supuesto.

—Gracias, señor.

Alan volvió al exterior de la nave. Muchos rostros le miraron con curiosidad.

—Tengo una buena noticia —anunció en voz alta—.

Una vez hayamos conseguido acumular mil toneladas de mineral, habrá terminado nuestro cautiverio.

Sonaron vítores y aplausos. Muchos le preguntaron detalles de la entrevista que había sostenido con Sikkor, pero el joven se limitó a vaguedades que no le comprometían a nada. Sin embargo, al cabo de unos minutos, pudo hacer un aparte con Moran.

—Greg, ¿guardas todavía la pistola?

El gánster le miró inquisitivamente.

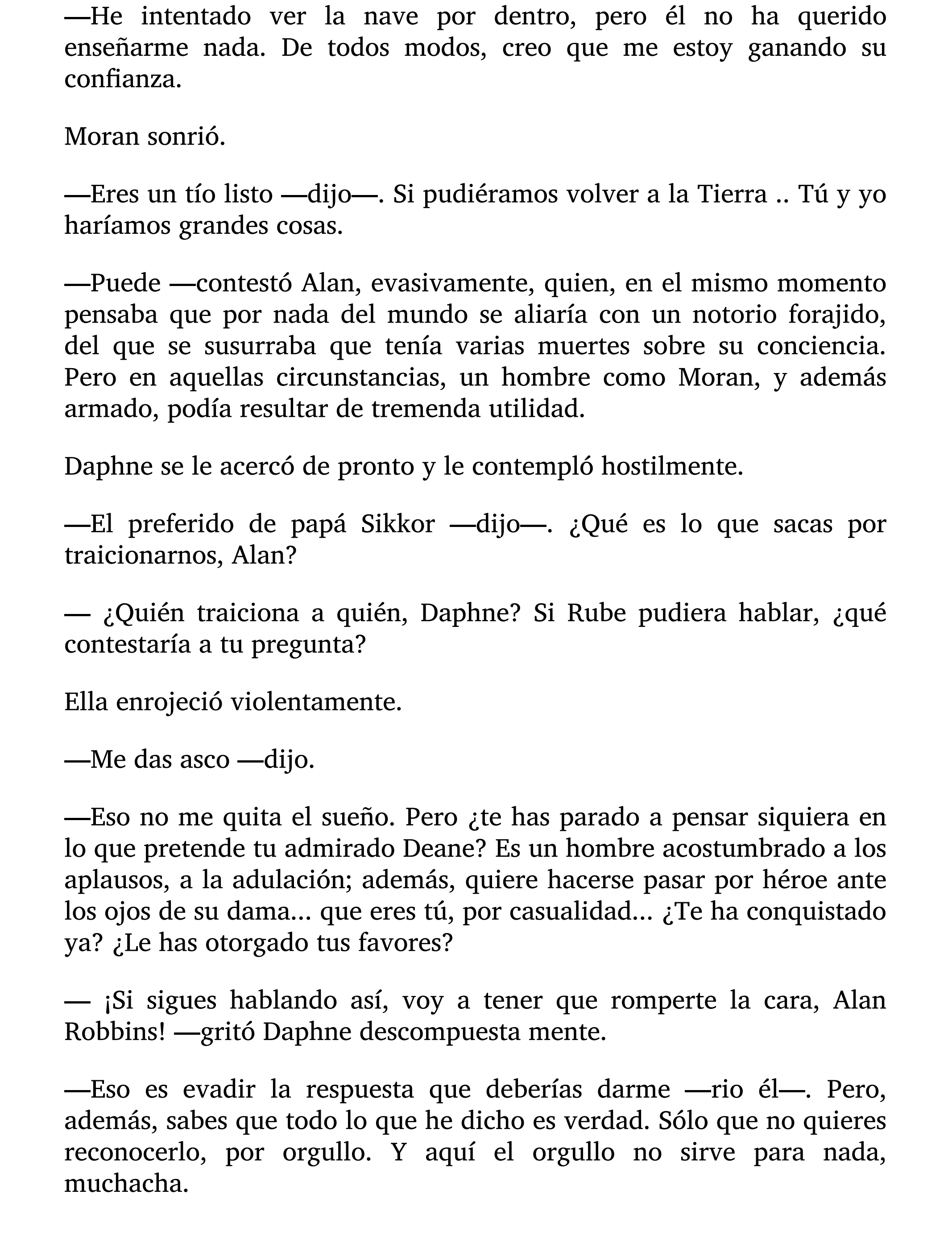
—Tenía a punto. Tal vez algún día la necesitemos.

—Descuida. ¿Pasa algo, Alan?

El joven bajó la voz:

—No me fío de Sikkor —musitó.

—Haces bien.



—He intentado ver la nave por dentro, pero él no ha querido enseñarme nada. De todos modos, creo que me estoy ganando su confianza.

Moran sonrió.

—Eres un tío listo —dijo—. Si pudiéramos volver a la Tierra .. Tú y yo haríamos grandes cosas.

—Puede —contestó Alan, evasivamente, quien, en el mismo momento pensaba que por nada del mundo se aliaría con un notorio forajido, del que se susurraba que tenía varias muertes sobre su conciencia. Pero en aquellas circunstancias, un hombre como Moran, y además armado, podía resultar de tremenda utilidad.

Daphne se le acercó de pronto y le contempló hostilmente.

—El preferido de papá Sikkor —dijo—. ¿Qué es lo que sacas por traicionarnos, Alan?

— ¿Quién traiciona a quién, Daphne? Si Rube pudiera hablar, ¿qué contestaría a tu pregunta?

Ella enrojeció violentamente.

—Me das asco —dijo.

—Eso no me quita el sueño. Pero ¿te has parado a pensar siquiera en lo que pretende tu admirado Deane? Es un hombre acostumbrado a los aplausos, a la adulación; además, quiere hacerse pasar por héroe ante los ojos de su dama… que eres tú, por casualidad… ¿Te ha conquistado ya? ¿Le has otorgado tus favores?

— ¡Si sigues hablando así, voy a tener que romperte la cara, Alan Robbins! —gritó Daphne descompuesta mente.

—Eso es evadir la respuesta que deberías darme —rio él—. Pero, además, sabes que todo lo que he dicho es verdad. Sólo que no quieres reconocerlo, por orgullo. Y aquí el orgullo no sirve para nada, muchacha.

Daphne quiso hablar, pero la cólera ahogaba las palabras en su garganta. Apartándola ligeramente con la mano. Alan siguió su camino, sin volver la cabeza una sola vez.

CAPÍTULO VI

Alan examinó las anotaciones de peso y dirigió una amistosa mirada a Lola.

—Felicidades, guapa; acabas de traer la piedra que hace las mil toneladas —dijo.

Lola lanzó un estridente alarido. Sonaron gritos y aclamaciones. Pronto volverían a casa. El montón de rocas, aparte de alcanzar una altura considerable, ocupaba una gran extensión de terreno.

Los prisioneros habían decidido activar la recolecta de mineral, a fin de terminar cuanto antes. Así pues, en lugar de los cien días primeramente estimados por Alan, habían completado su tarea en sesenta.

—Dos meses de cautiverio, a cambio de conservar la vida —dijo Bill Burton complacidamente—. No está mal, Alan. ¿Irás a ver a Sikkor?

—Sí, ahora mismo.

Al caminar hacia la nave, Alan dirigió una mirada a Daphne, situada en las inmediaciones. Ella aparecía seria, casi hostil. Pero la vida al aire libre la favorecía, al ofrecer un nuevo aspecto, más juvenil, más natural. Volvió la cabeza y siguió la marcha.

Momentos después, estaba en presencia de Sikkor.

—Me traes una buena noticia —dijo el homúnculo—. Bueno, mañana empezaremos la transformación.

—Pero... ya tienes el combustible...

—Sólo tenemos el mineral base. Es preciso obtener el metal puro.

—Sikkor, a la gente no le va a gustar un nuevo retraso.

— ¿Tienen otra opción? —contestó el enano orgullosamente.

Alan decidió seguir su política contemporizadora.

—Obtener el metal puro puede llevarnos meses, incluso años... No tenemos maquinaria, ni herramientas...

—Esto es cosa mía, no te preocupes. Mañana tendías la maquinaria. Empezaréis a trabajar después del desayuno.

— ¿Qué tiempo nos llevará esta segunda fase?

—Oh, menos que la primera... La mitad, calculo.

—Está bien. Se lo diré a los demás.

—Seguramente se enfadarán. ¿Quieres una escolta?

—No, sería peor. Déjalo, yo me entenderé con ellos.

Hubo una gran cantidad de protestas cuando los prisioneros conocieron la noticia. Algunos, enfurecidos, tiraron piedras a la nave, con gran alarma de Alan, pero, inexplicablemente, los soldados no hicieron acto de presencia.

Luego, Alan, Moran y Burton conferenciaron brevemente, junto con Lola.

—Tú tenías razón, Alan —dijo Moran—. Ese Sikkor no es persona de fiar. ¿Cuándo empleo mi «suavizadora»?

Alan levantó una mano. .

—Sikkor ha hablado de un mes. Es el máximo plazo que le concedo. Si para entonces trata de jugarnos otra mala pasada, tendremos que poner en práctica un plan para apoderarnos de la nave.

—Cuenta conmigo, Alan —dijo Burton—. Tengo unos buenos amigos, de toda confianza, que nos ayudarán sin vacilar.

—Sí, pero, por ahora, será mejor que no mezclemos a más gente en el asunto. Tengo una vaga idea sobre lo que debemos hacer..., pero prefiero dejar pasar unos días, para madurar el plan y que no haya fallos en el momento de llevarlo a la práctica.

Los otros se mostraron conformes con aquellas palabras. Poco más tarde, se acercó Jeb Rattigall.

—Alan, ¿quieres acompañarme? Me gustaría enseñarte algo...

—Muy bien, Jeb.

Rattigall le condujo a un lugar situado casi a mil metros de los barracones. Era una hondonada pequeña, angosta, de fondo seco, en donde se veían esparcidos numerosos huesos de pequeñas dimensiones.

— ¿Qué pasa, Jeb?

—Son restos de seres..., no sé si humanos, pero, indudablemente, no parecen animales. Yo diría que fueron hombres de un tamaño mucho menor que el nuestro.

Rattigall se inclinó y levantó una calavera, no mayor que un puño.

—Yo diría que este cráneo perteneció a un ser inteligente, de figura humana o casi humana y, por tanto, inteligente —continuó—. ¿No dices que hubo otros prisioneros antes que nosotros?

—Sí, pero sólo vivieron dos semanas. El mineral les perjudicaba, Jeb.

—Tal vez su distinta constitución les hacía muy sensibles al contacto con el cuarzo. O quizá la atmósfera de este planeta resultaba dañina para ellos. Pero ¿no acabaremos nosotros en este osario, pese a las promesas de Sikkor?

Alan puso una mano en el hombro de su amigo.

—Procuraremos evitarlo —respondió.

Regresaron al campamento. En el camino, Alan hizo una pregunta a Rattigall: — ¿Lo sabe más gente?

—Sí, algunos, pero todos creen que se trata de restos de una colonia de animales salvajes... Sólo yo he supuesto que podía tratarse de seres humanos.

—Está bien, no lo divulgues, Jeb.

—Descuida.

* * *

A la mañana siguiente, al despertarse, vieron un enorme cajón metálico, cúbico, junto al montón de mineral. El cajón tenía unos doce metros de lado y, en la parte superior, junto a uno de sus ángulos, se divisaba una especie de tolva. En aquel mismo lado había una escalera de pendiente poco pronunciada y bastante ancha, con barandillas.

Sikkor habló en aquel momento a través del altavoz:

—Alan, tú dirigirás las operaciones de transformación de mineral. En este aspecto del trabajo, no caben las prisas. Sitúa la báscula al pie de la escalera. Cuando hayas pesado quinientos kilos, el mineral será arrojado por la tolva. Entonces, esperaréis quince minutos antes de lanzar la siguiente carga. ¿Entendido?

Alan hizo un gesto de aquiescencia. Inmediatamente, varios de los prisioneros se ocuparon de trasladar la báscula. El trabajo dio comienzo sin interrupción. Alan controlaba el tiempo. Costó veinticinco minutos completar la primera fase. Si trabajaban ocho horas diarias transformarían cuatro toneladas.

Sikkor le había engañado nuevamente. No un mes, sino casi un año permanecerían en aquel lugar, aguardando a que las operaciones de transformación hubiesen finalizado.

¿Y después?

Aunque trabajasen dieciséis horas diarias, sin descanso semanal, emplearían ciento cincuenta días, cinco meses...

Un irresistible sentimiento de rebeldía se apoderó de su ánimo.

— ¡Sikkor, no queremos trabajar! —gritó.

Los prisioneros le miraron estupefacto. Moran pensó que se había vuelto loco.

Momentos después, los soldados salían fuera y formaban una hilera, con los fusiles a punto.

—Creo que no te he oído bien, Alan —dijo Sikkor.

—Puedes ordenar a tus hombres que disparen contra nosotros. Nos matarán a todos... ¿Y quién trabajará entonces?

Sobrevino una pausa de silencio.

—Alan, habla, ¿qué es lo que quieres? —preguntó Sikkor al cabo.

—Me prometiste un mes. Al ritmo que has marcado, tendremos que permanecer diez. Cumple tu promesa.

—Pero no puedo...

—Activa el transformador.

Sikkor pareció dudar.

—De acuerdo —accedió finalmente—, ¿Crees que podrás conseguir que se transformen veinte toneladas diarias?

— ¡Cuarenta!

—Trato hecho.

Alan se volvió hacia sus compañeros de cautiverio. —Habrá que trabajar de firme —dijo. Hubo respuestas afirmativas. Luego, Alan movió una mano.

—Empezaremos ahora mismo, Sikkor —anunció.

Los soldados se retiraron. Alan dijo que la báscula sería innecesaria.

—Arrojaremos las piedras por la tolva sin interrupción, hasta el mediodía —dijo—. Descansaremos cuarenta y cinco minutos y seguiremos trabajando hasta una hora antes de la puesta del sol.

—Como el señor no piensa mancharse las manos... —dijo Deane irónicamente.

Alan sonrió. Se acercó al montón de mineral y careó con un pedrusco que pesaba al menos treinta kilos.

—Yo no tengo una primera actriz que conquistar —dijo.

Sonaron algunas risas. Deane perdió los estribos y, agarrando una piedra del tamaño de un puño, alzó la mano para arrojarla contra el joven. Entonces, Moran le arreó un terrible patada en un costado, lanzándolo a gran distancia.

—Sucio bastardo —le apostrofó.

Alan se volvió. Miró a Daphne. La joven tenía las mejillas encendidas. Parecía avergonzada de la actitud de Deane. Luego, sin más, Alan

puso el pie en el primer peldaño.

* * *

A mediodía, por el lado opuesto, la máquina escupió una tableta de inconfundible color dorado.

La tableta medía treinta centímetros de largo, por veinticinco de ancho y diez de grueso. Otra análoga surgió un minuto más tarde.

Por el costado derecho, situado según la posición de la tolva, salió un ladrillo de color oscuro y dimensiones, aún mayores que la tableta. Los prisioneros observaron con infinito asombro el resultado de su trabajo.

¡Es oro puro! —gritó uno.

¡Oro! ¡Oro!

—Está bien —gritó Alan procurando hacerse dominar por encima del tumulto—. Es oro, ¿y qué? ¿Podéis comprar joyas, pieles, buenos coches, yates...? ¿De qué os sirve ese oro, si no hay nada en qué poder gastarlo..., suponiendo que los truggonitas nos lo regalaran? Lo mejor que podemos hacer es trabajar con afán; dentro de un mes acabará nuestro cautiverio. Eso es lo que más vale de todo, la libertad... más que todos los bienes de la tierra. ¿O no he oído yo algo parecido a cierto hombre célebre? —añadió, mirando de reojo a Deane, situado a cierta distancia.

Un hombre adelantó dos pasos.

—Alan, cuando terminemos, algo podríamos llevarnos nosotros —dijo —. Creo que no nos importaría quedarnos una semana más, si cada uno pudiéramos quedarnos con uno de esos lingotes.

—No está mal pensado —contestó el joven—. Hablaré con Sikkor. Creo que accederá.

— ¿Estás seguro? —le preguntó Moran poco más tarde.

—Hombre...

—He estado pensando mucho —dijo el gánster—. La máquina

transformadora ha sido situada durante nuestro sueño. ¿Por qué no la puso el primer día? Podíamos haber arrojado el mineral directamente, aunque hubiese sido después de las pesadas…, pero no, tuvimos que amontonarlo primero, para echarlo ahora a la tolva… Dos meses, Alan, dos meses de más, fíjate en ese detalle.

—Sí, es cierto —convino el joven—. Ya te he dicho que Sikkor no juega limpio. Pero no nos pillará desprevenidos. Por favor, procura que sigan trabajando. Voy a ver si hablo con Sikkor.

El homúnculo pareció renuente a aceptar la propuesta del joven, pero cedió al fin.

—Nunca imaginé que este metal, que para nosotros sólo es combustible, fuese tan valioso para los terrestres —comentó.

—En cada planeta hay un sistema de vida diferente, ¿no? —repuso el joven.

—Así parece. Está bien, de acuerdo; os concederé una semana de beneficio.

—Gracias, señor.

Alan volvió al ascensor. Como de costumbre, iba acompañado por dos soldados. Al llegar a la planta inferior, en el momento de salir, simuló tropezar y tuvo que apoyarse en uno de los soldados, para no caer.

El truggonita tuvo que apoyarse también. Su brazo izquierdo chocó contra un mamparo con gran violencia. Alan observó que el brazo sufría una buena abolladura. Simulando gran turbación, se acusó de torpeza y pidió disculpas al soldado.

No recibió respuesta alguna. Casi lo esperaba.

A la noche, comentó el incidente con sus amigos.

—Es un metal muy blando —dijo.

—El detalle resulta sumamente útil —rió Moran.

Por la mañana, cuando despertaron, había desaparecido el oro acumulado al pie de la máquina transformadora.

CAPÍTULO VII

Fallaban ya unos pocos cientos de kilos de mineral. Al día siguiente empezarían a trabajar para su propio beneficio. Alan observó complacido el panorama. Pronto se acabarían sus padecimientos..., sobre todo, si lograban evitar la trampa que, estaba seguro, les iba a tender Sikkor.

Cuando terminaba de almorzar, vio que se le acercaba Daphne.

—Tengo que hablar contigo —dijo la joven.

—Muy bien, te escucho.

Daphne miró a derecha e izquierda. De pronto, bajó la voz:

Alan, creo que Charles nos traiciona.

Las cejas del joven se levantaron.

—A mí no me extraña nada... salvo una cosa. Has dicho «nos». ¿Te refieres a ti también?

—Me refiero a todos en general —contestó ella, muy encarnada—. Sé que os ha estado espiando. Anoche fue a la nave. Entró, Creo que habló con Sikkor.

— ¿Te dijo algo? —preguntó Alan, súbitamente preocupado.

—No. Sólo dijo que había ido a dar un paseo.

—Era de noche y estabais juntos —dijo el joven intencionadamente.

—No. Tú sabes que las mujeres tenemos alojamiento distinto. Pero, a veces, nos reunimos... Ayer habíamos quedado en charlar un rato antes de acostarnos...

Le vi salir y pensé que venía a buscarme... Fue a la nave y volvió veinte minutos más tarde.

—Gracias, Daphne. ¿Sabe él que le viste?

—No, Alan.

—Entonces, sigue como hasta ahora. No se lo des a entender.

—De acuerdo.

Alan dirigió los trabajos un rato. Luego dejó su puesto a Rattigall y se fue a buscar a Moran y a Burton.

—Deane nos ha traicionado —dijo.

Moran lanzó una obscena interjección. Burton apretó los labios.

—No habrá podido decir mucho; no está al corriente de nuestros planes —dijo.

Pero ha podido poner sobre aviso a Sikkor. Desde luego, nos ha estado espiando.

—Quiere congraciarse con él, ¿eh? —rezongó Moran.

—A la noche podríamos saber qué es lo que hizo exactamente —dijo el joven con acento intencionado.

—Lo sabremos, descuida.

—Greg, ¿crees que ha podido verte la pistola en alguna ocasión?

—Es uno de los secretos mejor guardados —contestó el gánster—. Aparte de vosotros dos, sólo lo sabe Lola.

—Muy bien. Ya sé lo que debemos hacer.

El día transcurrió lentamente. Al atardecer, había junto a la máquina un par de lingotes solamente. Después de la cena y de un rato de charla, los cautivos se dispusieron a descansar.

—Pasado mañana —dijo Alan al pasar junto a Moran y Burton.

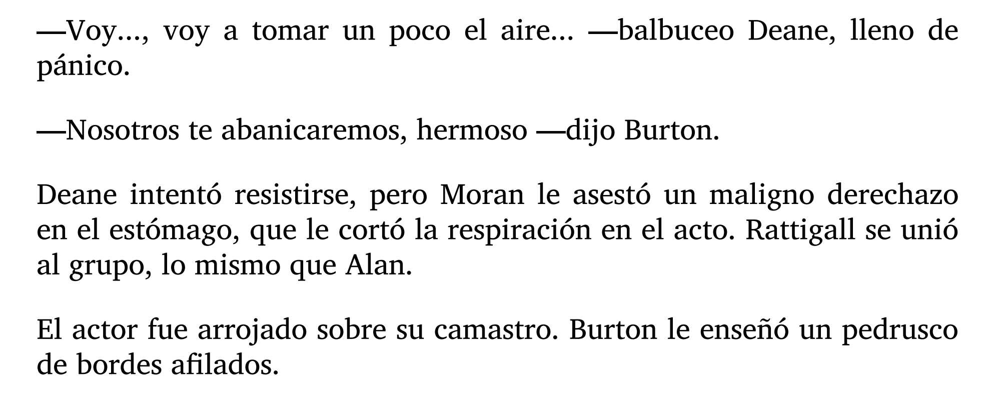
—De acuerdo.

—Está bien.

Los prisioneros fueron a sus camastros. Hacia la medianoche, una sombra se movió furtivamente en dirección a la puerta.

Cuando estaba a punto de llegar, varias manos se apoyaron en sus hombros. Deane se volvió, terriblemente sobresaltado.

—Ven, tenemos que hablar —sonrió Moran.



—Voy…, voy a tomar un poco el aire… —balbuceo Deane, lleno de pánico.

—Nosotros te abanicaremos, hermoso —dijo Burton.

Deane intentó resistirse, pero Moran le asestó un maligno derechazo en el estómago, que le cortó la respiración en el acto. Rattigall se unió al grupo, lo mismo que Alan.

El actor fue arrojado sobre su camastro. Burton le enseñó un pedrusco de bordes afilados.

—No corta mucho, pero la diversión, así, durará más tiempo —dijo perversamente.

Deane tenía la cara gris.

—Os juro que yo…

Burton arañó su pómulo izquierdo. El actor se convulsionó.

—Dejadme, os lo diré todo…

Rattigall le escupió a la cara.

—Asqueroso cobarde —le apostrofó.

—Ayer estuviste en la nave —acusó Alan.

Deane apretó los labios. Sabía que era inútil negarlo.

—Sikkor me llamó…

—Además de cobarde y traidor, mentiroso. Claro que, a fin de cuentas, todos los cobardes y traidores mienten —dijo Moran—. ¿Qué pacto has establecido con Sikkor?

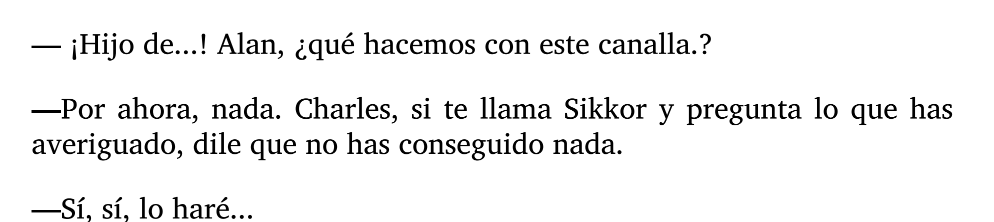
—Tengo que avisarle… cuando sepa que os vais a sublevar.

Alan cambió una mirada con sus amigos.

—Me pregunto qué beneficios pensaba obtener este bastardo —dijo.

—Sikkor me prometió devolverme a la Tierra, con Daphne.. —declaró el actor desesperadamente.

—Y nosotros nos quedaríamos aquí, ¿verdad?



Deane guardó silencio. Moran emitió un reniego.

— ¡Hijo de...! Alan, ¿qué hacemos con este canalla.?

—Por ahora, nada. Charles, si te llama Sikkor y pregunta lo que has averiguado, dile que no has conseguido nada.

—Sí, sí, lo haré...

—Nos traicionará, Alan —dijo Rattigall.

—No podemos matarle. Aparte de que no somos como él, Sikkor podía recelar algo al no verle por el campamento. Deane, vamos a vigilarte continuamente. No te acerques a menos de cien metros de la nave o te aplastaremos la cabeza a pedradas.

—Lo juro, no me acercaré...

Furioso, Moran agarró al sujeto por la pechera de su traje y lo incorporó un poco, lo justo para poder anearle un tremendo puñetazo en la mandíbula. Deane emitió un gemido y perdió el conocimiento.

—Procuraré que me sobre una bala —dijo Moran a continuación. Si lo consigo, se la meteré a este bastardo en los sesos.

Burton puso la mano en el hombro de Alan.

—Ya no podemos perder más tiempo —dijo—. Hemos de actuar hoy mismo.

—De acuerdo —accedió el joven—. Ya conocéis el plan. Lo pondremos en práctica a la hora convenida. ¿Has elegido ya a los hombres que deben ayudarnos?

—Sí. Todos son de confianza, puedes estar tranquilo.

—Perfectamente. Entonces, iniciaremos la acción después del desayuno.

Lanzó una mirada al inconsciente actor. Sintió un vivísimo deseo de aplastarle la nariz de un puñetazo, pero logró contenerse.

Ya llegaría el momento, se dijo, mientras buscaba su camastro.

* * *

Después del desayuno, los prisioneros fueron al yacimiento, con la aparente intención de transportar pedruscos de mineral aurífero. Poco a poco, fueron congregándose en las inmediaciones de la nave. Una vez supo Alan que todo estaba listo, lanzó un poderoso grito:

— ¡Sikkor, quiero hablar contigo!

A los pocos segundos, se abrió una escotilla en el costado de la nave. Una rampa se desplegó automáticamente y los veinte soldados se situaron frente a los prisioneros.

—Entra —invitó Sikkor.

Dos soldados se dispusieron a acompañarle. Alan se detuvo, después de haber dado uros cuantos pasos. — ¿Ya no te fías de mí?

Sikkor emitió una orden. Los soldados volvieron a sus puestos.

Alan sonrió. Avanzó hacia la rampa, entró en la nave y se dirigió hacia el ascensor.

Sikkor le aguardaba en el sitio de costumbre. — ¿Qué deseas? —preguntó.

—Quiero hacerte una consulta —dijo el joven—. ¿Cómo vigilas el exterior? ¿De qué forma vigilas nuestros movimientos?

Sikkor sonrió. Movió las dos manos rápida y alternativamente. En una de las paredes se encendieron al mismo tiempo varias pantallas, que mostraban distintas vistas del paisaje.

Alan contemplo al grupo de prisioneros trente a los soldados. Las mujeres estaban un poco aparte.

— ¿Satisfecho? —preguntó Sikkor.

—Un poco. ¿Y para hablar conmigo desde aquí?

Sikkor movió otra mano. Un extraño micrófono ascendió desde el suelo.

—Así —dijo.

—Perfectamente. Entonces, has de saber que ya ha llegado el momento.

— ¿Qué momento? —exclamó el homúnculo.

— ¡El de la rebelión!

Y antes de que Sikkor pudiera adivinar sus intenciones, Alan saltó hacia él y lo sujetó con ambas manos, de tal modo que los brazos quedasen pegados al cuerpecillo. A continuación, lo alzó sobre su cabeza.

—Voy a lanzarte al suelo y te aplastaré a pisotones —amenazó.

Sikkor se debatió furiosamente, pero sus fuerzas no podían compararse ni de lejos con las del joven. Alan se echó a reír y dio un par de sacudidas al homúnculo.

—Quieto, enano —rió. Luego se acercó al micrófono—. ¡Adelante, ya es el momento!

Dio un par de pasos y situó a Sikkor frente a las pantallas.

— ¡Mira! —exclamó.

Fuera sonó un estampido. Uno de los soldados se tambaleó y cayó al suelo.

Oculto tras la rampa, Moran acababa de hacer fuego, apuntando al cuello del soldado que tenía más cerca. El homúnculo que había en su interior resultó fulminado por el proyectil.

Los otros soldados vacilaron. Entonces, una nube de piedras voló por los aires.

Moran disparó dos veces más. Los soldados, alcanzados por aquel vendaval de pedruscos, caían por tierra como monigotes. Algunos intentaron utilizar sus fusiles. Incluso hicieron varios disparos, pero su resistencia fue quebrantada en menos de un minuto.

Sikkor estaba atónito.

—No, no podéis hacerme eso... A mí...

—A ti, sí —rugió Alan— Ibas a asesinarnos cuando tuvieses el oro que necesitabas... Quizá pensabas abandonarnos aquí, pero ahora las cosas han cambiado. ! ¡Mira, mira...!

Los prisioneros saltaban sobre los caídos, aplastando sus armaduras sin la menor dificultad. Algunos homúnculos, aterrados, pudieron

escapar, pero fueron alcanzados y convertidos en pulpa por los cautivos que habían sufrido tantas vejaciones.

Minutos más tarde, todo había terminado. Se oyó un grito de alegría, procedente de cien gargantas.

—Libres, estamos libres…

Alan continuaba aprisionando a Sikkor con las dos manos.

—El metal de vuestras armaduras es muy blando —comentó.

—Es que… si no fuese así, no podríamos movernos, a menos ,que instalásemos motores auxiliares más poderosos… Alan, ¿qué vas a hacer conmigo? —gimió el homúnculo—. Siempre he sido buen amigo tuyo…

—Pero ibas a abandonarnos aquí, gruñó el joven.

—No, pensaba…

—Bah, no me engañarás. Siempre has sido un embustero y no vas a cambiar ahora. ¡Vamos!

— ¡No, no me saques fuera! ¡Me aplastarán! —chilló Sikkor, lleno de terror.

—Eso es lo que deberíamos hacer contigo, pero, descuida, salvarás el pellejo.

La aparición de Alan, con Sikkor en las manos, provocó una oleada de gritos coléricos. Algunos de los prisioneros se acercaron con intenciones hostiles, pero Alan supo contenerles rápidamente.

—No le hagáis nada —dijo—. Lo necesitamos, para que pilote la nave y nos devuelva a la Tierra.

Aquellas palabras calmaron los ánimos instantáneamente. Burton se acercó.

— ¿Qué hacemos, Alan? —consultó.

—Espera un momento. Sikkor, el oro que hemos extraído es el combustible de tu nave.

—Sí.

—Hemos obtenido unas cuatrocientas toneladas. ¿Qué tiempo dura ese combustible?

—Pues...

Sikkor vaciló

—Vamos, suéltalo... —dijo Alan enérgicamente—. Apuesto algo a que con ese oro tienes para un montón de años, ¿eh?

—Cuarenta, quizá cincuenta... Depende de los viajes que se realicen, de la intensidad de la gravedad de otros planetas... El consumo de energía es proporcional a la gravedad... Cuanto mayor es la gravedad de un planeta, más energía se necesita para entrar y salir...

—Muy bien. Tomando uno de esos lingotes como unidad de energía, ¿cuántos consumirías en el viaje a la Tierra?

—Cinco, seis a lo sumo...

— ¡Hay dieciséis mil! —resopló Alan.

Sonaron algunos gritos de furor.

—Ese hombre nos debe una indemnización por lo que hemos pasado.

—Debe pagarnos el trabajo.

— ¡Alan, cuando lleguemos a la Tierra, le dejaremos lo justo para volverse a su país! El joven sonrió. — ¿Has oído, Sikkor?

—Oh, no, vosotros no podéis hacerme una cosa así —gimió el hombrecillo.

— ¿Que no? Ahora lo vas a ver... Sikkor, temo que no conoces bien a los terrestres cuando nos enfadamos. Y si te dejamos el combustible justo para volver a tu planeta, por contento podrás darte, ya que tú pensabas abandonarnos aquí, por lo menos.

Sonaron algunos gritos de aprobación. De pronto, Moran apareció empujando por el cuello a Deane.

—Alan, hemos de juzgar al traidor —dijo.

CAPÍTULO VIII

Deane sudaba copiosamente. Sabía que la rebelión había triunfado y que sus actos merecían la reprobación general. Miró suplicante a Daphne, a poca distancia, pero la joven volvió la cara, evidentemente disgustada y hasta desdeñosa.

—Sikkor, ¿qué te propuso este hombre? —preguntó Alan.

El enano vaciló. Alan le dio un par de sacudidas. — ¡Contesta!

—Quería... que le llevase a la Tierra... a él y a una mujer...

Uno de los prisioneros corrió hacia Deane y le asestó un puntapié. Deane gritó. Rattigall empujó violentamente al agresor.

— ¡Quieto! —gritó—. Si ha de ser castigado, lo haremos después de un juicio legal.

— ¿Quién es la mujer? —preguntó otro

—Nos avisó de la traición —respondió Alan—. Déjala fuera de la cuestión.

Está bien, pero Deane se quedará aquí.

El actor lanzó un chillido agudísimo. La idea de quedarse solo, abandonado en un mundo desconocido, le infundía un verdadero pánico.

De repente, se oyó un grito estentóreo:

— ¡Miren! ¡Viene alguien!

Alan levantó la vista.

Durante un segundo creyó que se le paraba el corazón. Una enorme nave, refulgente como si estuviese construida con plata pura, descendía lentamente hacia el campamento.

De súbito, un rayo deslumbrante brotó del vientre de la nave. Un enorme chorro de tierra y polvo subió a lo alto, a la vez que se escuchaba una tremenda explosión.

El suelo retembló. Los prisioneros, aterrados, se esparcieron en

distintas direcciones.

Alan corrió hacia la nave, pero una nueva explosión le cerró el camino, arrojándolo por tierra. Casi perdió el sentido.

Al caer, soltó a Sikkor, que aprovechó la ocasión para escabullirse, en medio de aquel infernal fragor de humo y ruido. Durante unos segundos, Alan permaneció aturdido, incapaz de moverse.

A pesar de todo, se dio cuenta de que las explosiones se producían en un amplio círculo y que no harían a ninguno de los prisioneros. De pronto, vio a Daphne arrodillada a su lado.

— ¡Alan!

El joven sacudió la cabeza.

—Estoy bien...

— ¡Alan, mira! —chilló la joven—. ¡Sikkor nos abandona!

El joven se irguió. La nave que los había secuestrado en la Tierra alzaba el vuelo con vertiginosa rapidez, despegando oblicuamente, con un ángulo muy poco pronunciado, a fin de eludir una posible colisión con la nave que descendía hacia el campamento. Al verlo, Alan se sintió invadido por un sentimiento de desánimo.

— ¿Por qué no nos sublevamos antes? —se lamentó.

Las explosiones seguían produciéndose, pero de una forma peculiar. Los atacantes trataban de conseguir que los prisioneros desplegados por el recinto, volvieran a congregarse en el mismo sitio.

Al fin, los terrestres comprendieron y, abatidos, formaron un grupo de hombres y mujeres completamente desmoralizados. Nadie comprendía lo que sucedía; sólo sabían que sus esperanzas de salvación se habían disipado en unos segundos.

Rattigall se acercó al joven.

—Hay veinte fusiles abandonados —dijo.

Alan hizo un gesto de aquiescencia.

—Los usaremos —contestó.

Rattigall corrió hacia el lugar donde yacían los restos de los soldados

metálicos. Varios de los prisioneros comprendieron sus intenciones y corrieron también. Entonces, descendieron de las alturas tres o cuatro rayos de luz.

El suelo trepidó violentamente con las explosiones. Cuando el humo y el polvo se disiparon, Alan, consternado, vio que sus compañeros no eran más que un montón de restos ensangrentados. Rattigall pudo salvarse milagrosamente.

Daphne se arrodilló, ocultó el rostro entre las manos y rompió a llorar amargamente.

* * *

La nave se posó en tierra. Un altavoz bramó una orden perentoria:

—Reúnanse todos. No intenten ningún gesto hostil o los exterminaremos.

Abatidos, perdida por completo la moral, los terrestres obedecieron en silencio. A los pocos momentos, una escalerilla se abrió en la nave y una docena de individuos fuertemente armados con unos fusiles muy parecidos a los de Sikkor y sus soldados, hicieron su aparición.

Alan se quedó estupefacto. Aquellos individuos tenían una forma enteramente humana.

Eran todos muy robustos, fornidos, de rostros duros y hostiles, y estaban capitaneados por un sujeto que medía casi dos metros y poseía el torso de un barril. Usaba una gran barba rojiza y vestía una especie de camisa, con pantalones muy ajustados, botas blandas de media caña y un ancho cinturón, del que pendían dos enormes pistolas, con el cañón de casi diez centímetros de grueso. Sobre la cabeza, llevaba una gorrilla picuda, adornada con una pluma roja.

Los otros vestían aproximadamente de la misma manera, si bien los colores de su indumentaria, muy vivos, eran distintos en la mayoría de ellos. A Alan le parecieron unos piratas.

—Soy Erghus —se presentó el gigante pelirrojo—. ¿Tenéis algún jefe?

Alan comprendió que debía dar la cara y adelantó un paso.

—Yo —comentó—.Me llamo Alan Robbins.

Erghus le miró críticamente.

—Habrás visto que hemos hecho huir a los enanos truggonitas —dijo.

—Sí, pero has matado a unos cuantos de los nuestros —acusó Alan.

—Simplemente, quería evitar que usaran los fusiles. ¡Ribous, recoge las armas y llévalas a la nave!

—Sí, señor —contestó uno de los piratas.

Alan tuvo que resignarse a ver cómo desaparecían aquellos fusiles. Una vez más, se acusó de exceso de prudencia. Si hubieran atacado antes...

—A juzgar por lo que he podido apreciar, vosotros y los truggonitas no sois muy buenos amigos —dijo.

Erghus lanzó una estentórea carcajada.

— ¿Amigos... nosotros y esos renacuajos bípedos? —contestó—. Para un sarkhonita, no hay placer comparable al de pisotear a un truggonita. Lástima que hayan podido escapar...

—Pero nosotros estamos aquí, jefe Erghus —dijo Alan.

—Ya lo veo —contestó el pelirrojo abruptamente.

De pronto, echó a andar. Paso a paso, recorrió las tilas de prisioneros, deteniéndose bruscamente ante Lola.

—Muy guapa, sí, señor —dijo.

Alargó una mano y rozó el seno izquierdo de la joven. Lola le dio un manotazo. Erghus se echó a reír. —Me gustan las gatitas con genio —dijo.

Luego se acercó a Daphne. Torció el gesto.

—Eres guapa, pero sosa —calificó.

De pronto, retrocedió unos pasos.

— ¡Escuchad todos! —clamó—. Sois mis prisioneros y necesito que trabajéis para nosotros. Allí veo un espléndido yacimiento de mineral,

de modo que... ¡al trabajo!

* * *

Alan y sus compañeros de cautiverio se quedaron consternados al oír aquellas frases.

—Pero... llevamos aquí meses enteros... —se atrevió a protestar el joven—. Hemos trabajado duramente para Sikkor...

—Y ahora lo haréis para nosotros. También necesitamos combustible —cortó Erghus fríamente.

Alan se pasó una mano por la cara.

—Pero ¿es que no podéis cogerlo vosotros mismos? ¿No disponéis siquiera de excavadoras?

— ¿Para qué, teniendo esclavos? —rió el pelirrojo cínicamente.

—No somos esclavos —protestó uno—. Los terrestres somos hombres libres desde la cuna...

Erghus se echó a reír. Súbitamente, sacó una de sus pistolas, apuntó rápidamente y apretó el gatillo.

El hombre saltó convulsivamente, al producirse en su pecho una horrible explosión de carne, huesos y sangre. Daphne, espantada, volvió la cabeza a un lado.

—Así cortamos los sarkhonitas las protestas —dijo Erghus fríamente, mientras volvía el arma a la funda—. ¿Alguien tiene que objetar mi decisión?

Nadie respondió. El ejemplo trágico de aquel desgraciado había impresionado profundamente a todos los prisioneros.

—Bien, como no hay más protestas, a trabajar —añadió Erghus. Lanzó una ruidosa carcajada—. Veo que los truggonitas se han dejado la transformadora. Eso nos facilitará la tarea. ¡Riobus, ya sabes lo que hemos de hacer!

—Sí, capitán —contestó el mismo que había recogido los fusiles.

—Riobus dio una orden. Una veintena de piratas salieron de la nave. Además de aquellas potentes pistolas, eran portadores de largos látigos, que empezaron a chasquear sobre las cabezas de los prisioneros.

— ¡A trabajar!

Los terrestres, hundidos moralmente, dieron media vuelta y se encaminaron hacia el yacimiento. De pronto, Erghus llamó:

—Tú, jefe Alan, quédate un momento.

Alan se detuvo. Erghus se acercó y le miró de hito en hito.

— ¿Eras también el jefe con los truggonitas?

—Sí, señor.

—He visto cosas... Parece que hubo una rebelión.

—Nos capturaron en nuestro planeta. Simplemente, queríamos volver allí.

Erghus sonrió,

—Quizá os devuelva allí algún día... si me siento inclinado a la compasión —dijo—. Pero antes he de llenar las bodegas de mi nave de buen combustible.

— ¿Qué cantidad necesitas, señor?

La mano del pelirrojo se movió con un gesto ambiguo.

—Oh, ya veremos...

Alan se descorazonó al oír aquella respuesta. ¿Cuánto tiempo duraría su cautiverio?

— ¿Hemos de cubrir algún cupo determinado? —preguntó, tratando de mantenerse impasible.

—No quiero agotaros, ni tampoco me gustan los vagos —dijo Erghus —. Entiendes esto, ¿verdad?

—Sí, señor. ¿Qué hay de la alimentación?

—Se nota que eres un buen jefe —rió el pelirrojo—. Estás en todo,

cosa que me agrada sobremanera. No es faltará de comer, puedes estar seguro de ello. Ahora, a trabajar y a dar ejemplo.

Alan se separó del gigante, completamente desanimado. ¿Quién había dicho en cierta ocasión que el animal más fiero de la Tierra era el hombre?

Nunca, hasta entonces, había tenido contacto con seres de otros planetas, pero, a juzgar por lo que había visto, aquellas razas aún tenían peores sentimientos. De pronto, se preguntó por qué no podían tocar el mineral aurífero con las manos. Tendría que hablar con Erghus para aclarar aquel enigma.

—Alan —le dijo Moran un poco más tarde—, sólo me queda un cartucho. Puede que lo emplee en Erghus.

—No te dejes llevar por la cólera, Greg. Espera.

—Por esperar demasiado tiempo, hemos desperdiciado la mejor ocasión que se nos había presentado jamás —gruñó Moran.

Alan comprendió el reproche.

—Tienes razón —dijo humildemente—. La culpa es mía, pero, por otra parte, ¿quién iba a pensar que a Sikkor le saldrían unos competidores?

De repente, un látigo chasqueó sonoramente por encima de sus cabezas. Uno de los piratas lanzó un penetrante grito:

— ¡A trabajar, gandules!

Resignado, Alan se inclinó, cogió un pedrusco y empezó a caminar hacia la transformadora.

* * *

Al atardecer, un altavoz tronó, declarando suspendido el trabajo. Luego ordenó que todos se concentrasen frente a la nave para la cena.

Los prisioneros estaban serios, sin ánimos para la menor broma, cosa que contrastaba visiblemente con el buen ánimo de los últimos días, cuando ya creían próximo el fin de su cautiverio. Un par de ellos dijeron que iban a declararse en huelga de hambre, pero depusieron

su actitud inmediatamente, cuando oyeron los chasquidos de los látigos.

Erghus hizo que se les facilitasen platos y cucharas. Luego, repartió la cena, una pasta de color blancuzco, pero, por fortuna, de mejor sabor que las que les su ministraba Sikkor. Al terminar la cena, recibieron la orden de encerrarse en sus alojamientos.

Alan y sus amigos conferenciaban en un rincón.

—Ya no podemos perder más tiempo del necesario —dijo el joven—. Pero aquí tropezamos con un inconveniente. Sikkor me permitía visitarle siempre que se me antojaba. Erghus es mucho más desconfiado.

—Los piratas no son demasiados, veinte, más o menos —calculó Burton—. Si preparamos un buen plan, podemos derrotarles.

—Pero tendremos bajas —objetó Rattigall.

—Habrá que correr el riesgo —rezongó Moran—. Ya no me lío ni de mi propia sombra... y en cuanto hayamos cubierto el cupo que necesita Erghus puedes estar seguro que nos eliminarán a todos. No dejaré que me maten como un conejo, os lo aseguro. Alan se acarició la mandíbula.

—Están muy bien armados, pero un ataque por sorpresa, debidamente coordinado, podría tener éxito.

—A la hora de la cena, por ejemplo —sugirió Burton.

—Hoy no estaban fuera todos los piratas. Los que se queden dentro, podrían barrernos fácilmente —apuntó Rattigall.

—A mí se me ha ocurrido otra idea mejor —dijo Moran.

Tres pares de ojos se fijaron en el rostro del gánster.

—Lola —dijo.

—Lola —repitió Alan.

—Erghus se la comía con la vista. Ella nos ayudará.

—No es mala idea —aprobó Rattigall.

—Mañana hablaré con ella —prometió Moran.

Podía dar resultado, se dijo Alan, mientras trataba de conciliar el sueño. Recordó el pasaje bíblico de Judith y Holofernes… Claro que Lola no tendría a mano una espada para cortar el cuello del tirano, pero había pistolas…

Burton vino a buscarle al amanecer, con una mala noticia.

—Jeb está muy enfermo —dijo.

Alan saltó del camastro en el acto. Acompañado por Burton, fue adonde se encontraba Rattigall, a quien vio una expresión de intenso sufrimiento en el rostro.

—Me duele mucho… —se quejó el joven, señalándose el bajo vientre.

Alan le puso una mano en la frente. Ardía.

—Dolor de vientre y fiebre —murmuró.

—Apendicitis —dijo Burton, sombríamente.

No había un solo médico entre los prisioneros y, aunque lo hubiera habido, carecían de todo instrumento quirúrgico, por no hablar de elementos de desinfección. Si no encontraban pronto remedio, Rattigall perecería cuando se declarase la peritonitis, en medio de espantosos dolores.

Alan se decidió bien pronto.

—Hablaré con Erghus —dijo.

Al abrir la puerta del barracón, se encontró de manos a boca con un pirata, que le apuntó con su pistola.

—Atrás —ordenó el sujeto.

—Quiero ver a tu jefe. Hay un hombre enfermo… —dijo Alan serenamente.

Él pirata dudó un momento.

—Está bien —dijo al cabo.

Descolgó un pequeño transmisor que pendía de su cinturón y habló brevemente. Al recibir la respuesta, contestó con un gruñido afirmativo.

—Sacadlo fuera —ordenó.

Alan y Burton cogieron en brazos al enfermo y lo llevaron fuera del barracón.

—Ahora vendrán a buscarlo —dijo el pirata.

Rattigall quedó sentado, con la espalda apoyada en la pared. Entonces, el pirata desenfundó su pistola y destrozó el tórax del enfermo de un solo disparo.

CAPÍTULO IX

—Me he fijado muy bien en ese tipo —dijo Moran aquella misma tarde— Se la tengo jurada, creedme, compañeros.

Alan y los demás estaban todavía bajo la impresión de la muerte de un excelente muchacho. La noticia corrió rápidamente por el campamento. Lola, sobre todo, se sentía furiosísima y aceptó tomar parte en el plan, apenas se lo propuso Moran.

—Haré lo que sea —dijo.

Al atardecer, observaron la actitud de los piratas. La mayoría les vigilaban durante la cena, pero algunos quedaban en el interior de la nave. Cuando estaban terminando, apareció Erghus.

—Alan —llamó.

El joven estaba sentado en el suelo y se levantó instantáneamente.

—Señor...

—Acércate.

Alan caminó unos cuantos pasos. Daphne le seguía ansiosamente con la mirada.

—Siento lo que hemos tenido que hacer con el enfermo, pero no había otro remedio —declaró Erghus.

Alan no contestó. Erghus le miró enojado.

— ¿No tienes nada que decirme? —gruñó.

—Tú posees la fuerza. ¿Qué otra cosa puedo decir?

—Los enfermos son un estorbo. A bordo no tenemos médicos.

—Lo siento, señor.

—No somos tan crueles como parecemos —rezongo el pelirrojo—. Lo que sucede es que... bien, aquí en Truggon hay combustible en abundancia...

— ¿Quemáis el oro?

Erghus le miró asombrado.

—Claro, ¿qué otra cosa podríamos hacer con ese metal?

—Bueno, yo pensé...

—Para nosotros es terriblemente nocivo. No podemos siquiera tocarlo con las manos.

Alan se miró las palmas de las suyas. Tenían callos y durezas, a consecuencia del trabajo, pero, por lo demás, ofrecían un aspecto enteramente normal.

—A nosotros no nos hace nada —dijo.

—Claro, por eso estáis aquí. Hay razas inmunes a las radiaciones del oro. Para nosotros, si no fuese por su excelente combustible, sería un metal funesto. ¿No te has dado cuenta de que Truggon está deshabitado?

— Sikkor decía que era su planeta...

—Sikkor pertenece a una raza de embusteros —dijo Erghus desdeñosamente—. Pero tenemos algo en común: nuestra sensibilidad a las radiaciones del oro.

—A nosotros, el oro nos hace ser sensibles de una forma muy distinta —sonrió Alan.

—Las razas galácticas tienen sorprendentes diferencias, aunque, en algunos casos, como nosotros, seamos aparentemente iguales. Alan, he

podido darme cuenta de una cosa.

—Sí, señor.

—Estáis conspirando contra nosotros. Cuidado —advirtió Erghus secamente. Alan se echó a reír.

— ¿Conspirar nosotros? ¿Con las manos por todo armamento?

—Si os portáis bien, tal vez os perdonemos la vida. Pero si me entero del más mínimo intento de conspiración, os exterminaremos. Ya estás advertido. Adviértelo también a tus compañeros.

—Sí, señor.

Alan se separó del pelirrojo, completamente desanimado. Cuando se reunió con sus compañeros, sentíase sumido en un estado de total abatimiento.

—No haremos nada...

Daphne se acercó y le puso Lina mano en el hombro.

—Todavía vivimos, Alan —dijo.

El joven se volvió y la miró largamente. Daphne parecía haber sufrido un cambio radical.

—Sí, todavía vivimos —contestó.

El vozarrón de Erghus se dejó oír en aquel instante:

— ¡Lola!

—Aquí, señor —contestó la morena.

—Ven, esta noche tengo ganas de compañía —rió el gigante pelirrojo.

—Será un placer endulzar tu lecho, señor —dijo Lola.

Erghus lanzó una atronadora carcajada. De pronto, inclinándose, agarró a Lola en brazos y se la llevó a la nave. En el momento de cruzar el umbral, Lola se volvió y guiñó un ojo.

Riobus hizo chasquear su látigo.

—Es hora de descansar —gritó.

Lentamente, los prisioneros regresaron a los barracones. Deane se rezagó.

—Quiero hablar contigo, señor —se dirigió a Riobus.

El pirata le miró críticamente.

—Habla —dijo.

—Señor..., deseo hacer un trato contigo...

— ¿Qué clase de trato?

—Información... a cambio de la libertad para mí y otra persona.

Riobus guardó silencio.

—Quieres ser espía de tus propios compañeros —adivinó por fin.

—Si lo prefieres así...

— ¿Cuál es la otra persona para la que quieres también libertad?

—Es... una mujer... La amo, señor.

—Está bien. Hablaré con el capitán Erghus. Esta noche, sin embargo, no podrá ser. Tiene trabajo —rió el pirata.

—Mañana, entonces.

—Mañana.

—Señor, pégame —pidió Deane.

— ¿Cómo?

—No quiero que mis compañeros sospechen...

—Ah, ya entiendo.

El látigo chasqueó en el aire y se enroscó en torno, al cuerpo de Deane, de cuyos labios brotó en el acto un grito de dolor.

— ¡Fuera, miserable! —bramó Riobus.

Deane huyó a la carrera y se refugió en el barracón. Algunos le miraban con cierta curiosidad. Deane se refugió en su rincón.

A la medianoche, Alan oyó unos gritos sofocados y se sentó en el camastro. Un poco más lejos, divisó cierto movimiento. Unas piernas se agitaron con violencia durante unos minutos. Luego descendieron, aunque siguieron moviéndose todavía un poco.

Lleno de curiosidad, se levantó. Al acercarse al camastro, vio un horrible espectáculo.

Habían hecho una cuerda con tiras de tela del forro de los camastros. Aquella cuerda estaba profundamente incrustada en el cuello del actor.

Moran le miró desafiadoramente.

Alan respingó.

— Pero ahora...

—Ahora quería intentarlo de nuevo —afirmó el gánster—. Se quedó rezagado, hablando con Riobus. —Eso no es ninguna prueba...

—Alan, los piratas usan látigos y los hacen chasquear a cada momento, pero, hasta ahora, sólo Deane había recibido un latigazo. Yo lo vi muy bien.

—No entiendo —dijo el joven.

—Fue una comedia. La hicieron con demasiado teatro.

—Por si te sirve de algo, te diré que Deane confesó —intervino Burton.

Alan inspiró profundamente.

—Bien, no tengo nada que objetar, a fin de cuentas, él se lo buscó. Pero ahora tenemos un problema.

— ¿Cuál? —preguntó Moran.

—El cadáver...

Burton soltó una risita.

—Estos piratas no se fijan en el número de los prisioneros. Ni siquiera nos contaron a su llegada —respondió.

—Además, diremos que ha muerto durante la noche —añadió Moran

—. Le quitaremos la cuerda y taparemos su cuello, para que no se vean las marcas. A esos forajidos no les importa una vida más o menos.

—Está bien.

Alan se percató de que había muchos espectadores de la escena.

— ¿Ha habido protestas? —inquirió.

—No se ha levantado una sola voz para defenderle —repuso Burton.

Alan cubrió con una manta el cuerpo de Deane.

—Estaba predestinado a terminar mal —murmuró sombríamente. Se preguntó cuál sería la reacción de Daphne al conocer la noticia. No le importaba en absoluto.

— ¿Qué hay de Lola? —preguntó.

—Si es posible, hoy mismo cortará la cabeza de Holofernes —dijo Moran—. Alan, tenemos que hacer algo; no podemos continuar así por más tiempo.

— Espera las noticias que pueda traer Lola —rogó el joven—. El anterior ataque fue un éxito, porque temamos buena información. Solamente nos retrasamos un poco..., pero ahora no habrá más retraso que el estrictamente necesario.

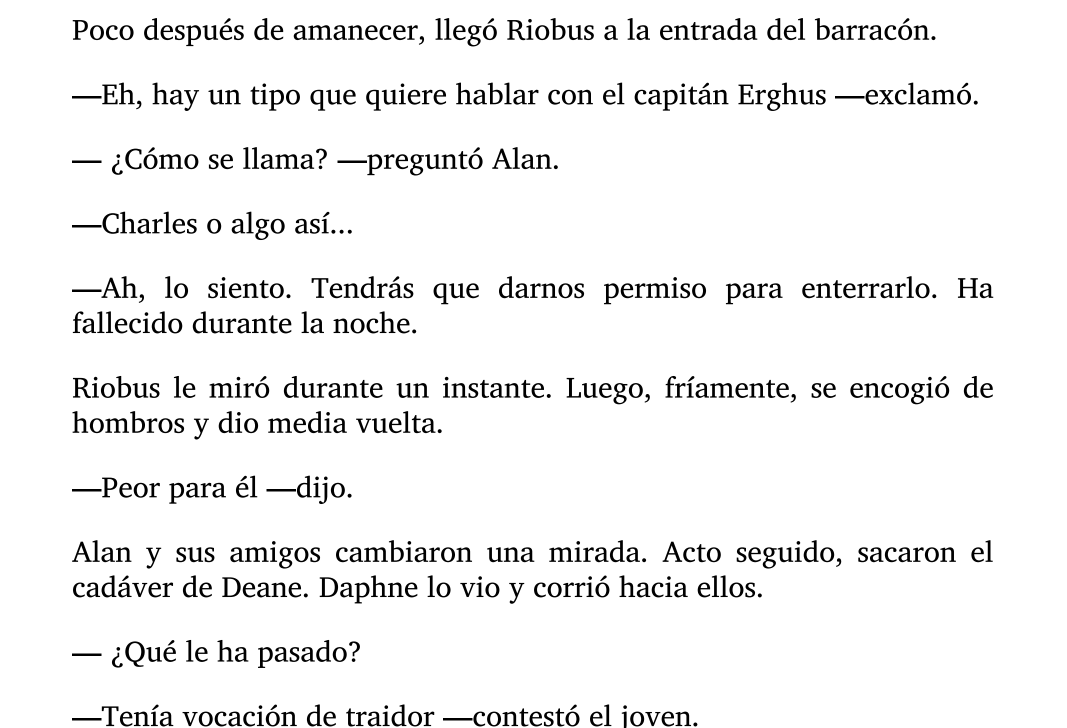
Lanzó una mirada hacia la astronave, que brillaba refulgente en la oscuridad.

—Además, esa nave es muy distinta de la de Sikkor. En aquélla, yo ya me desenvolvía bastante bien, pero no tengo la menor idea de cómo puede ser el interior de la astronave de Erghus y necesitamos que nos lo diga Lola.

—Ahora estará en brazos de ese salvaje sediento de sangre... —dijo Burton furiosamente.

Alan se volvió sorprendido hacia su compañero de cautiverio. Aquellas palabras denotaban unos sentimientos de los cuales no había tenido la menor idea hasta entonces.

—Ten calma —rogó, persuasivo—. Esto ya no puede durar mucho... y te juro que el próximo ataque será el definitivo.



Poco después de amanecer, llegó Riobus a la entrada del barracón.

—Eh, hay un tipo que quiere hablar con el capitán Erghus —exclamó.

— ¿Cómo se llama? —preguntó Alan.

—Charles o algo así…

—Ah, lo siento. Tendrás que darnos permiso para enterrarlo. Ha fallecido durante la noche.

Riobus le miró durante un instante. Luego, fríamente, se encogió de hombros y dio media vuelta.

—Peor para él —dijo.

Alan y sus amigos cambiaron una mirada. Acto seguido, sacaron el cadáver de Deane. Daphne lo vio y corrió hacia ellos.

— ¿Qué le ha pasado?

—Tenía vocación de traidor —contestó el joven.

—Lo hemos ejecutado —declaró Moran.

Daphne se llevó una mano al pecho. Alan escrutó sus reacciones.

—Tenía que acabar así —dijo la joven—. Resulta poco agradable expresarse de esta manera, pero creo que digo la verdad.

—Sí, es la pura verdad —convino Alan.

Moran y Burton se alejaron con el cadáver. Como tantos otros, quedaría bajo un montón de pedruscos, ya que carecían siquiera de cuchillos para excavar una sepultura. Alan se dispuso a marchar con sus amigos para ayudarlos.

Daphne le retuvo por el brazo durante unos instantes.

—Siento haberme portado como una estúpida Debiera haber visto claro desde el primer momento….

Alan sonrió.

—Todavía no es tarde para rectificar —contestó

— ¿Habéis trazado algún plan?

—Esperamos los informes de Lola. Sin eso, no podemos arriesgarnos a dar un solo paso.

CAPÍTULO X

Hasta el mediodía, cuando iniciaban el alto que partía en dos la jornada de trabajo, no se dejó ver Lola. La morena se reunió con sus amigos, que almorzaban juntos a la sombra de un árbol.

—Hola —dijo alegremente.

—Traes noticias, supongo —rezongó Burton.

—Sí. Creo que son interesantes.

—Bien, empieza...

—Para abrir boca, os diré que he recorrido la nave hasta el último rincón, salvo la zona de generadores, que Erghus me dijo es muy peligrosa. Supongo que a causa de las radiaciones, aunque no insistí demasiado en esta parte del asunto. Me interesaba más conocer la disposición interior.

— ¿Hay sitio para todos? —preguntó Alan.

—Tal vez iríamos un poco apretados, pero cabríamos de sobra. Además, y esto es lo interesante, Erghus me enseñó algo de gran importancia... —Lola se echó a reír—. Oh, me pasé el rato adulándole... «Qué grande eres, qué ciencia tan magnífica... Nunca había visto una cosa así... Eres un tipo maravilloso...»

Moran se echó a reír.

—Vamos, que lo tienes en el bolsillo.

Lola se atusó el pelo con gesto sugeridor.

—Sólo le faltó pedirme en matrimonio —contestó.

— ¿Para qué necesitaba ese requisito? —dijo Burton hoscamente—. Te ha tenido igual...

—Bill, no te enfades —rogó Lola—. ¿Qué podía hacer yo? ¿Negarme? Ese bruto habría sido capaz de rebanarme el cuello.

—No se lo reproches —terció Alan—. Antes has hablado de algo muy importante.

—Sí, la llave de contacto.

— ¿Cómo? —respingó Moran—. ¿Igual que los automóviles terrestres?

—Pues... algo por el estilo. La lleva colgada del cuello y no se la quita para dormir siquiera. Cuando le pregunté si no se fiaba de mí, se puso a reír como un loco y dijo que yo no le preocupaba, porque sabía que soy incapaz de manejar la nave. Quienes le preocupan son los hombres. Por lo que pude deducir, teme un motín.

—Un motín —repitió Alan.

—Es que Erghus no era el capitán de la nave, sino cabecilla de unos amotinados, que mataron al anterior capitán y a los que le eran fieles. Y en estas condiciones, teme que hagan con él lo mismo que hizo con otros.

Alan entornó los ojos.

—Es una buena información —dijo—. Lo tendré en cuenta, Lola. ¿Cuándo vuelves con él?

—Ya me llamará.

—La próxima vez, quítale la llave.

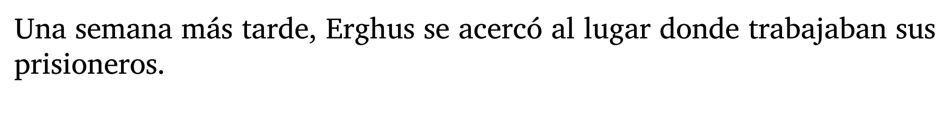
—Lo notará, Alan.

—Si abandonas la nave cuando esté durmiendo, no. Ahora ya conoces la topografía interior.

—Eso sí es verdad. Y ¿qué haremos con la llave? Alan sonrió.

—Alguno de esos piratas sabrá usarla —contestó.

* * *


Una semana más tarde, Erghus se acercó al lugar donde trabajaban sus prisioneros.

—Esto no marcha muy rápido —dijo.

—Señor, hacemos lo que podemos —se disculpó Alan.

Lola pasaba en aquel momento con una piedra en las manos. Erghus le hizo un gesto.

—No trabajes más —ordenó—. Quiero que estés bien descansada para la noche.

—Sí, señor.

Lola cambió una mirada con Alan y se alejó. El joven dijo:

—Señor, ten cuidado.

Erghus se volvió rápidamente.

— ¿Qué quieres decir?

—No estoy seguro... Tampoco quisiera indisponerte con tus hombres..., pero he oído algunos retazos de conversación... Parece que algunos no están satisfechos contigo...

—Tendré que hacer un escarmiento —dijo Erghus coléricamente—. Sí, ya sé que hay quienes discuten mi jefatura, pero en cuanto liquide a un par de ellos para ejemplo de los demás, se acabarán las ganas de un motín. Tú me tendrás al corriente, ¿no es eso?

Alan asintió.

—Con mucho gusto, señor —respondió.

Erghus se echó a reír. Dio una palmada en la espalda del joven y exclamó:

—Te aseguro que no tendrás queja de mí —se despidió.

Daphne se acercó al joven momentos después. — ¿Hay novedades?

Alan contempló durante unos segundos el cigarro largo y brillante que era la astronave.

—Con un poco de suerte, mañana podremos vernos libres —

respondió.

— ¿Cómo volveremos a la Tierra? Eso me parece lo más difícil...

—Erghus nos llevará, descuida.

El día transcurrió lentamente. Por la noche, Alan apenas si pudo conciliar el sueño. Durmió un poco, pero se despertó relativamente pronto.

La entrada, como de costumbre, estaba guardada por uno de los piratas. Una hora antes de amanecer, Alan abandonó su camastro y despertó a Moran y Burton.

—Es la hora —susurró.

Los dos hombres le siguieron de inmediato. En silencio, Alan se acercó a la puerta, abriéndola de golpe.

El centinela se volvió. Alan disparó su mano derecha y atenazó la muñeca del hombre, impidiéndole que usara su pistola. En la otra mano llevaba un trozo de cuarzo aurífero, que acercó a la mejilla de su prisionero.

— ¿Quieres morir?

El sujeto echó la cabeza desesperadamente hacia atrás.

—Por favor...

—No hagas ruido y vivirás. ¿Greg? Moran se apoderó de la pistola. —Suéltalo, Alan.

El joven obedeció. Moran movió la mano armada y golpeó con el cañón de la pistola el cráneo del pirata, que se desplomó instantáneamente. Al ruido se acercaron algunos prisioneros.

—Hay que atarlo y amordazarlo —dijo Alan.

No hacía falta que dijera más. Una docena de manos ansiosas se apoderaron del prisionero, arrastrándolo al interior del barracón. Luego, Alan y sus dos amigos salieron fuera.

—Ya no puede lardar mucho —dijo Burton ceñudamente.

Un cuarto de hora más tarde, vieron una silueta oscura que corría hacia ellos. Lola llegó junto al barracón, jadeante, sin aliento, con un

objeto brillante en su mano.

—Lo conseguí —exclamó, rebosante de satisfacción.

Alan se apoderó de la llave, que tenía forma de T plana, con unas muescas en uno de sus extremos. Después de nacerla saltar en la palma de la mano, miró a sus amigos y sonrió.

—Ha llegado el momento —dijo.

Moran asintió.

—Tengo una pistola —contestó—. Sé cómo se manejan las armas.

—No me cabe la menor duda —sonrió el joven.

— ¿Y ahora? —preguntó Burton.

—Avisa a todos que estén preparados. Lola, pon en guardia a las mujeres.

—Está bien.

Los minutos que siguieron resultaron muy tensos. Poco a poco, las tinieblas se retiraron. A la .hora del desayuno, se oyeron algunos gritos en el interior de la nave.

Sonaron un par de estampidos. Alan corrió hacia la transformadora y trepó por la escalera, hasta situarse al borde de la tolva.

Unos minutos más tarde, aparecieron varios piratas, con los cuerpos de dos de sus compañeros en brazos. Erghus se hizo visible a continuación.

— ¡Buscad la llave, malditos imbéciles! —gritó—. Tiene que estar en alguna parte...

— ¡Está aquí, Erghus!

La voz del joven sonó poderosa en el silencio de la amanecida. Erghus volvió la cabeza en el acto. Un segundo después, sacó su pistola.

— ¡Tira! —le desafió el joven—. Dispara y la llave y yo caeremos al interior de la transformadora.

Erghus lanzó un rugido de rabia al darse cuenta de su situación.

—Dame esa llave, maldita sea..

Alan se echó a reír.

—No, amiguito —dijo—. Por el contrario, te ordeno tires la pistola. Y lo mismo deben hacer tus subordinados.

—Os exterminaremos...

—Muy bien, pero os quedaréis aquí para siempre.

Erghus maldijo y blasfemó hasta que se quedó sin aliento. Mientras, los prisioneros, hombres y mujeres, se habían agrupado en las inmediaciones de la transformadora.

—Te propongo un trato, Erghus —dijo el joven, cuando el pelirrojo agotó su repertorio de interjecciones. — ¿Cuál es el trato?

—Todas las armas deben ser depositadas en el exterior. Luego registraremos la nave, para evitar que hayáis escondido alguna y podáis darnos un disgusto más adelante. A cambio de un viaje de vuelta a nuestro planeta, cargaremos el oro que necesitáis para combustible. Después de que hayamos regresado a nuestro mundo, dejaremos que os marchéis.

Erghus soltó otra retahíla de maldiciones. Al fin dio una orden y las pistolas y los rifles empezaron a caer sobre la hierba.

Lanzando aullidos de alegría, los prisioneros se arrojaron sobre las armas. Algunos se apoderaron también de los látigos y empezaron a azotar a los piratas. Moran tuvo bastante trabajo para imponer cierto orden, cosa que consiguió al fin.

Mientras, Alan se dirigía hacia la nave, en cuya escotilla estaba Erghus, con ceño sombrío.

—Me engañaste —acusó. No había ninguna conspiración...

Alan le miró sonriendo.

—Tú nos retenías aquí contra todo derecho. No teníamos ninguna obligación hacia ti —respondió.

De pronto, se acordó de Jeb Rattigall, muerto despiadadamente, y se sintió acometido por un irrefrenable ramalazo de cólera. Levantó el pie y lo clavo en el prominente vientre del pelirrojo, quien se desplomó, lanzando un aullido de dolor.

Alan se dispuso a repetir el golpe. Toda la rabia y la frustración acumuladas durante meses hervían ahora en su ánimo y tenía que descargarlas de alguna maneta. Pero, de pronto, sintió que una mano se apoyaba en su hombro y volvió la cabeza.

—Tú no eres así, Alan —dijo Daphne.

El joven inspiró profundamente.

—Creo que tienes razón —murmuró—. Pero no pude contenerme...

—Ellos confían en ti —añadió Daphne—. No les defraudes.

Alan hizo un gesto de asentimiento.

—Sí. —Con el pie derecho, tocó el costado de Erghus, aún tendido en el suelo—. Vamos, quiero que me enseñes cómo se maneja este maldito trasto —ordenó—. ¿Me acompañas, Daphne?

—Desde luego. Alan.

CAPÍTULO XI

Pasado el mediodía, Alan convocó una reunión, en la que expuso el resultado de sus acciones.

—Moderadamente, creo que sé pilotar la nave, aunque tendré que llevar al lado a Erghus a fin de que me asesore en algunos puntos que todavía no he comprendido muy bien. Por lo que he podido deducir —explicó—, esta nave es de un tipo más anticuado que la de Sikkor, lo que, en cierto modo, resulta más conveniente para mí. La de Sikkor sí era terriblemente complicada y aún creo que Sikkor empleaba a veces su mente para determinadas maniobras. En la nave de Erghus todos los mandos son manuales.

—El problema es: ¿cuándo partimos? —preguntó Moran.

—Estaría resuelto, si dispusiéramos del combustible necesario —respondió el joven.

— ¿Quiere eso decir que debemos continuar los trabajos? —se

asombró Burton.

—Si queremos llegar a la Tierra, así debe ser. No me importaría que Erghus y los suyos quedasen vagando en el espacio, después de nuestro viaje de vuelta..., pero con el combustible que hay no cubriríamos siquiera la mitad de la distancia.

—A la gente no le va a gustar —refunfuñó Moran.

—No hay otro remedio. Necesitamos, como mínimo, una semana más de trabajo.

—Alan, podríamos quedarnos unos días más —sugirió Burton.

— ¿Para qué? —se extrañó el joven.

—Hombre, el oro abunda aquí más que la hierba. Creo que a todos nos gustaría llevarnos un lingote. Sería como una especie de indemnización por lo que hemos pasado, ¿no te parece?

—Por mí, no hay inconveniente. ¿Daphne?

—Una semana más, poca importancia tiene ya —respondió la muchacha.

—Dos semanas en total —decidió Alan—. ¿De acuerdo todos?

Hubo protestas y algunos gritos de cólera, pero, al fin, la sensatez se impuso. La mayoría de los prisioneros, luego, se dieron cuenta de que por primera vez en muchos meses, veían ya un rayo de esperanza y reanudaron el trabajo con redoblados bríos.

Erghus y sus acólitos, en cambio, se sentían terriblementeˆ abatidos. Alan decidió aprovechar el tiempo para aprender el manejo de todos los instrumentos de control de la nave. Pero ello no le impedía ser desconfiado y hacía que sus prisioneros estuvieran constantemente vigilados.

Unos días más tarde, Erghus se quejó de la poca libertad de movimientos de que disfrutaban. Alan supuso furioso:

—Tendríamos que dejaros abandonados aquí —exclamó—. Además, ni siquiera trabajáis; todo lo tenemos que hacer nosotros. No vuelvas a quejarte o haré que te aten veinticuatro horas seguidas sobre un montón de cuarzo aurífero.

El pelirrojo cesó en sus protestas, pero su actitud hizo recelar a Alan,

quien se prometió no perderle de vista en ningún momento. Durante la noche, Erghus y sus secuaces quedaban encerrados en una cámara de la nave, con guardias de vista. Alan encomendó el mayor cuidado en la vigilancia.

—Tomad ejemplo de lo que hicimos nosotros con ellos. Procurad que la tortilla no dé la vuelta otra vez —aconsejó gráficamente.

Una semana más tarde, Alan, al examinar el indicador de carga, comprobó que los generadores estaban casi a punto.

—Veinticuatro horas más y podremos dedicamos a sacar oro para nosotros —informó.

Sonaron algunos gritos de alegría. Aquel día, espoleados por las buenas noticias, los terrestres aceleraron el ritmo de su trabajo. Hacia las cinco de la tarde, alguien lanzó un agudo grito:

— ¡Eh, miren allá arriba!

Alan levantó la vista. Algo brillaba en el espacio, acercándose con notable rapidez al campamento.

Unos segundos más tarde, divisó detalles del objeto que descendía hacia el suelo. Terriblemente desanimado, reconoció la nave de Sikkor.

— ¡Preparad las armas! —ordenó.

* * *

Sikkor volvía.

En alguna parte, pensó Alan, habría conseguido refuerzos y venía a desquitarse del ataque de Erghus. A los terrestres no les importaban en absoluto los conflictos de otras razas estelares, pero ahora podían verse inmersos en un combate que nada bueno podía acarrearles.

La llegada de Sikkor no le gustaba en absoluto. Sus presentimientos se realizaron unos segundos más tarde.

Desde unos mil metros de altura, la nave de Sikkor disparó una larga ráfaga de luz, que incidió de lleno en la astronave de Erghus. El

enorme cigarro se convirtió en pocos segundos en una masa incandescente, de la que se desprendía un calor insoportable.

Alan, aterrado, huyó, como los demás, aunque se esforzó por encontrarse con Daphne. La joven corría desolada, tratando de escapar de la catástrofe.

Alan agarró el brazo de la joven.

— ¡Al yacimiento! —gritó—. Es el sitio más seguro.

Ella comprendió en el acto y se dejó llevar. Un poco más adelante, Burton y Lola corrían también juntos.

Reinaba una contusión espantosa. Poco más tarde Alan se volvió y contempló un espectáculo singular.

La nave de Erghus era ya solo una masa de metal fundido, que se derramaba por el suelo, abrasando cuanto tocaba a su paso. Los pirata* habían quedado en su interior. Ahora ya no eran más que cenizas.

Abrumada, Daphne se dejó caer o el sucio y rompió a llorar. Un poco más allá. Lola y Burton contemplaban sombríamente aquella escena, que representaba el fin de sus ilusiones.

Pero la catástrofe no había terminado todavía. Sobrevolando el terreno a muchos metros de distancia, la nave de Sikkor empezó a perseguir a los terrestres con sus descargas lumínicas que aniquilaban los cuerpos humanos y los convertían en nubes de vapor instantáneamente.

Los terrestres corrían desesperados. Algunos se volvieron y dispararon sus rifles y sus pistolas contra la nave, Los proyectiles estallaban inofensivamente con ira el casco de metal. Alan agarro a Daphne y la hizo tenderse en el suelo. Detrás de un enorme montón de rocas de color verdoso.

—Aquí, Bill. Lola, —llamo.

Sus amigos corrieron al improvisado refugio. Un cuarto de hora más tarde, Alan, con el corazón sangrante, se dio cuenta de que eran los únicos supervivientes en aquellos momentos.

Y no por mucho tiempo, pensó tristemente En cuanto Sikkor los descubriese…

Transcurrieron algunos minutos... La nave de Sikkor se posó en tierra. Reinaba un silencio absoluto En algunos puntos, se elevaban todavía columnitas de humo.

—Tengo una pistola—dijo Burton —, No dejare que me atrapen vivo de nuevo.

De pronto, se abrió una escotilla en la nave. Se desplegó la rampa automática. Una vez más, Alan y sus compañeros vieron un espectáculo ya conocido.

Veinte soldados metálicos se desplegaron ante la nave. Sikkor, enfundado en su trate de metal, se hizo visible segundos más tarde.

— ¡Alan! —gritó—. Sé que estás vivo. Sal ele tu escondite.

—Quietos —dijo el joven—. Ellos no se atreven a llegar hasta aquí.

Burton preparó su pistola, haciendo que el cañón asomara entre una rendija que había entre dos piedras del parapeto.

—Vamos, enanos, acercaos un poco más y os barreré...

De súbito, uno de los truggonitas hizo algo con un palo de metal que llevaba en las manos y un rayo de luz incandescente abrasó el suelo, a pocos pasos de distancia de los terrestres. Durante unos segundos, el calor producido por la descarga se hizo intolerable.

—Alan, sé que estás por alguna parte —tronó Sikkor—. Sal en el acto o acabarás abrasado vivo.

Los labios del joven se contrajeron.

—No tengo otro remedio que obedecer —dijo.

Daphne le agarró por un brazo y le miró suplicantemente.

—No...

— Es preciso —contestó él sombríamente.

Y se puso en pie, con los brazos separados del propio cuerpo.

— ¡Aquí estoy, Sikkor!

—Acércate, no temas.

—«No me fío mucho de ti...

—Lo sé, pero no tienes otro remedio que obedecerme en estos momentos.

Alan hizo una fuerte inspiración.

—Creo que la pistola alcanza lo suficiente —dijo Burton a media voz —. Si veo que quiere hacerte daño, lo haré saltar en mil pedazos.

Alan echó a andar. Sikkor avanzó unos cuantos pasos.

—Bien, volvemos a vernos —dijo el homúnculo, escondido en su traje de metal—. No le lo esperabas, ¿verdad?

El joven se encogió de hombros.

—Si piensas acabar conmigo, hazlo cuanto ante—respondió estoicamente.

—Nada de eso. Al contrario, me alegro de que lo hayas salvado. Y lo mismo digo de tus compañeros. A decir verdad, no volví a Truggon sólo por vosotros. Tenía una cuenta que ajustar con Erghus.

—Ya. Pero para satisfacer tus ansias de desquite, has eliminado a cien de los nuestros. Te servimos obedientemente, conseguimos combustible para tu nave... ¿Crees que quemar a la gente es buena recompensa por el ira bajo que hicimos?

—Tenía que castigar la rebelión —respondió Sikkor—. Y tú puedes considerarte un hombre afortunado, puesto que has salvado la vida. ¿Cuántos más están contigo?

—Tres, dos mujeres y un hombre. Somos los únicos supervivientes.

—Viviréis, descuida. Sólo he querido verte, para que conozcas mi decisión final. Además, puesto que sois dos parejas, la vida os resultará menos dura en Truggon.

—No entiendo —dijo Alan—. ¿Qué significa eso?

—Significa, sencillamente, que os vamos a dejar vivir en el planeta.

Hubo un momento de silencio. Alan contuvo la respiración.

—Aquí... para siempre... —dijo al cabo.

—Sí —confirmó Sikkor.

—Pero es un espacio muy reducido…

—Abriremos una brecha en la valla. Podréis ir donde gustéis. Hay animales, árboles frutales, vegetales comestibles, peces en los ríos… No .os faltará comida.

— ¡Pero nos quedaremos aquí para siempre! —clamó Alan desesperadamente.

—Esa es mi decisión final —corroboró Sikkor con acento que no admitía réplica.

* * *

—Podría mataros impunemente; la ley me lo permite. Erais mis esclavos y os sublevasteis —añadió Sikkor—. Como ves, os dejo Su vida, de modo que no podéis quejaros de ni generosidad.

Alan apretó los labios. Sentíase tentado de gritar a Burton que usara su pistola. Pero había demasiados soldados. Alguno de ellos sobreviviría lo suficiente para usar las nuevas armas que carbonizaban a las personas instantáneamente. Tendrían que resignarse a una vida de Robinsones planetarios, pensó lleno de amargura.

De repente, uno de los soldados lanzó un grito.

Sikkor se volvió. Alan miró hacia arriba.

—Otra nave —murmuró.

Un nuevo conflicto, otra batalla… Ahora ya no había esperanzas.

Sikkor emitió un bufido de disgusto. Alan pensó por un momento que iba a dar orden a sus hombres de aprestarse al combate, pero, en lugar de ello, vio que los soldados se ponían rígidos, con los fusiles apoyados en el suelo, como para una revista.

— ¿Quién viene ahí? —preguntó Alan, curioso.

—Un entrometido —rezongó Sikkor—. Un juez de distrito espacial.

Alan pensó que el recién llegado debía de ser personaje de importancia, ya que no se observaba reacción hostil en Sikkor ni en sus hombres.

— ¡Pero! ¿hay jueces en esta parte del universo? —se asombró.

—.Son jueces jurados, que investigan los posibles casos de violación de las leyes. Yo estoy perfectamente en regla —contestó Sikkor orgullosamente.

—Entonces, ese juez aprobará tu decisión.

—Claro, ¿qué te creías? Lo que sucede es que no puedo negarme a explicar lo ocurrido. Pero encontrará que he actuado dentro de la legalidad y aprobará mis decisiones.

La nave se detuvo minutos más tarde. Era mucho más pequeña que la de Sikkor y de forma ahusada, con unas pequeñas aletas hacia la cola. Seguramente, pensó Alan, podía moverse tanto en el espacio como en la atmósfera.

Daphne y la otra pareja se habían reunido ya con él y conocían la decisión de Sikkor. Al saberlo, Daphne había puesto su mano en la del joven, y le había dicho:

—No me importa vivir a tu lado, siempre, donde sea...

En el costado de la nave recién llegada se abrió una escotilla. Un hombre, ataviado con un manto rojo, con orlas en negro y oro, descendió majestuosamente, seguido por dos hombres uniformados, con casacas y pantalones ajustados del mismo color.

—Soy el juez Bxelliq, del Décimo Distrito Estelar —se presentó.

CAPÍTULO XII

—Te saludo, juez —dijo Sikkor respetuosamente—. Estoy dispuesto a contestar a todas tus preguntas. Soy Sikkor, de Truggon.

Bxelliq fijo la vista en los prisioneros.

— ¿Quiénes son? —preguntó.

—Esclavos capturados por mí, juez.

—Ah, esclavos... Veo ahí restos de una nave...

—Sí. Pertenecía a Erghus, de Sarkhon. Hace un par de semanas, nos atacó a traición y tuvimos que retirar» nos. Al volver con refuerzos, los atacamos y destruimos su nave.

— ¿Por qué os atacaron, Sikkor?

—Querían nuestro yacimiento de combustible, señor. Lo que hicimos está permitido por la ley.

—No lo dudo en modo alguno. También veo restos de personas, Sikkor.

—Son restos de los esclavos que habíamos capturado, a fin de que recolectasen combustible para nuestra nave. Se sublevaron contra nuestra autoridad y aún consiguieron derrotarnos. Por eso, al volver, juzgué necesario un castigo ejemplar.

Bxelliq entornó los ojos. Era un hombre alto, de aspecto majestuoso, cráneo alargado, pelo corto, entrecano, y mirada penetrante.

—Hay algo que no acabo de entender —dijo—. Os atacó Erghus, de Sarkhon, y también vuestros esclavos...

—Primero fueron los esclavos, juez. Cuando su rebelión estaba a punto de triunfar, llegó Erghus y tuvimos que batirnos en retirada. El yacimiento de combustible pertenece a los truggonitas.

—Ya. ¿Eso es todo, Sikkor?

—Sí, juez. Sólo falta tu decisión aprobatoria, para que pueda retirarme, satisfecho de no haber conculcado las leyes vigentes.

—Veo esclavos supervivientes. ¿Qué piensas hacer con ellos, Sikkor? —preguntó Bxelliq.

— Había decidido abandonarlos en Truggon. Es un planeta fértil; pueden vivir sin dificultades. Pero si tú decides que la sentencia sea otra, me sentiré muy honrado de obedecerte.

Alan escuchaba la conversación en silencio, pensando en que las leyes de aquel universo debían de ser muy estrictas. Sikkor poseía una

fuerza muy superior a la de Bxelliq, no obstante, lo cual, se mostraba respetuoso y obediente. Los castigos, supuso, deberían ser terribles para los violadores de la ley.

Pero era una regla bárbara, que permitía la captura de esclavos y su exterminio como castigo para su rebelión. El majestuoso aspecto del juez Bxelliq no podía encubrir el salvajismo de aquellas leyes sanguinarias..

—Tu decisión es correcta, Sikkor —dijo Bxelliq al cabo—. No hay nada de objetar. Estás libre de cualquier culpa.

—Gracias, juez.

—La observancia estricta de la ley es la mejor garantía de una paz duradera en el universo. Puedes marcharte tranquilo, Sikkor.

—Tus palabras llenan de alegría mi ánimo, juez. Nunca las olvidare.

Alan se sintió desesperado. Ahora, Bxelliq se marcharía por donde había venido. Por un momento, había concebido la vaga esperanza de que aquel juez volante considerase como crímenes las acciones de Sikkor, pero no sólo no era así, sino que incluso las aprobaba.

De repente, se le ocurrió una idea.

Era absurda, disparatada incluso…, pero también la única salida que se le ofrecía.

Impulsivamente, dio un paso hacia adelante:

—Perdona una pregunta, juez…, si es que un esclavo puede dirigirse a una personalidad de tu elevado rango —dijo.

Bxelliq había iniciado ya la media vuelta y volvió a girar en sentido inverso.

—Cualquier ser inteligente puede dirigirse a un juez, en demanda de justicia, si cree que sus derechos han sido conculcados. Incluso los esclavos tienen derechos —respondió.

Alan hizo una profunda inclinación. Daphne, Lola y Burton le miraban ansiosamente. ¿Qué era lo que pensaba hacer el joven?

—Gracias, juez —dijo Alan—. Si tenemos derechos, es que están amparados por unas leyes, ¿no es cierto?

—Indudablemente, pero, antes, dime, ¿cuál es tu nombre?

—Alan, de la Tierra, señor.

—Oh... Tengo una vaga idea de haber oído el nombre de ese planeta...

—Está a setenta y cinco años luz —terció Sikkor.

—>Por tanto, entra en los límites de mi distrito. Bien, Alan, ¿qué ibas a decirme?

—Señor, permite que señale el error que está a punto de cometerse en este juicio —manifestó Alan serenamente—. No es cierto que Sikkor haya actuado de acuerdo con la ley. Antes al contrario, todos sus actos proceden de una primitiva violación de la ley, lo cual invalida cualquier acción realizada posteriormente, aunque ésta esté de acuerdo con las normas legales.

* * *

Hubo un momento de silencio, Bxelliq miraba fijamente al joven. Sikkor intentó protestar, pero el juez levantó una mano.

—Calla —ordenó—. Aunque esclavo, tiene el derecho de exponer sus quejas. Mi obligación es escucharle, para hacer justicia. Sigue, Alan.

—Insisto en que Sikkor quebrantó la ley. ¿Está permitido capturar a las personas para convertirlas en esclavos?

—Bien, en determinadas circunstancias, la ley lo permite, en efecto. Hay quienes discuten sobre la injusticia de esa norma legal, pero, por el momento, sigue vigente y debe acatarse lo que está escrito al respecto.

—No lo dudo en modo alguno, señor —dijo Alan—. Sin embargo, supongo que, para capturar esclavos, será preciso someterse a algunas reglas de conducta.

—En efecto.

—Eso significa que se pueden tomar esclavos en los planetas en que se admite esa ley.

—Así es.

— Y para capturar esclavos es preciso aterrizar en un planeta cuyas leyes lo permitan a los extranjeros.

—Exacto.

—Bien, en tal caso, acuso a Sikkor de habernos capturado, quebrantando la ley de la Tierra.

Se volvió hacia Sikkor.

— ¿Dónde está tu permiso de invasión?

Daphne se puso una mano en la boca, para no soltar la carcajada. Sikkor parecía desconcertado.

—Permiso de... No sabía...

— ¿No lo sabías? Cuando llegaste a la Tierra, había una fila de personas que estaban aguardando su turno, para obtener el permiso de invasión. —Alan se volvió hacia el juez—. En realidad, es un eufemismo legal entre nosotros, y significa realmente permiso de estancia. Pero Sikkor no lo solicitó y nos secuestró por la fuerza, hallándose ¡legalmente en suelo ajeno. Por tanto, todos los actos que haya podido realizar a continuación son ilegales y deben considerarse nulos, y nosotros no somos sus esclavos.

Burton tenía la boca abierta. Bxelliq parecía un tanto perplejo.

—Alan ha dicho la verdad, supongo —exclamo de pronto.

—Bien, sí, pero yo no...

—La ley es la ley en todas partes y no se puede quebrantar sin sufrir en el acto las consecuencias —dijo Bxelliq severamente—. Si para estar en la Tierra se necesita un permiso de invasión, tú debiste haberlo solicitado, informándote previamente de los requisitos precisos para actuar en la forma conveniente a tus propósitos. No lo has hecho así s debes sufrir el castigo adecuado. ¡Guardias, ejecutad a Sikkor!

Dentro de su traje de metal, el homúnculo lanzo un agudo chillido. En el mismo instante, los guardias que acompañaban a Bxelliq le apuntaron con unos bastoncitos de metal dorado. Brillaron dos chispazos y el hombre de metal se disolvió en humo, con todo cuanto

contenía en su interior.

Alan apretó los labios. Meses antes, había sido destruido enteramente un teatro. Mil doscientas personas habían perecido. Ahora, el autor de la matanza, había purgado su crimen.

Bxelliq se volvió a continuación hacia los truggonitas que continuaban en la misma posición, completamente inmóviles.

— ¿Quién es el segundo en el mando? —exclamó.

—Yo, señor —contestó uno de los hombres de metal, adelantándose en un par de pasos.

—Está bien. Te ordeno devolver a estos terrestres a su planeta, sin causarles el menor daño. Una vez cumplimentado el mandato, irás a mi sede oficial, para informarme de que lo has hecho.

—Sí, señor.

Bxelliq se volvió hacia Alan y sus compañeros.

—Estáis libres —dijo.

Alan se inclinó profundamente.

—Gracias, juez.

Bxelliq se marchó inmediatamente. Alan se encalo con sus amigos.

—Volveremos a la Tierra —dijo.

Burton le miró maliciosamente.

—Eres un condenado leguleyo —dijo—. ¿De dónde diablos sacaste esa idea?

—A Sikkor no se le caía de la boca la palabra ley.. Estaba dentro de la ley, la ley le protegía... Pensé que eso podía dar también resultado para nosotros.

—Y lo dio —suspiró Daphne.

Alan rodeó su cintura con un brazo.

—Vamos a volver a la Tierra —dijo—. De pronto, se lijó en el soldado metálico que aguardaba a poca distancia—. Eh, tú, ¿cómo te llamas?

—Rahrdos, señor.

—Supongo que has oído la decisión del juez Bxelliq.

—Sí, señor. Cumpliré su orden y os llevaré a la Tierra, señor. —Gracias.

Burton se acercó al joven.

—Alan, ¿qué tal si nos llevásemos unos kilitos de oro? Puede que necesitemos fondos en los primeros días... —No es mala idea, Bill —aprobó el joven.

* * *

Los cuatro personajes sintieron una vivísima emoción al poner el píe en la Tierra, después de tantos meses de ausencia. La nave poseía mecanismos de invisibilidad, de modo que nadie supo que había aterrizado en las afueras de la ciudad.

Alan, Daphne y los otros dos, caminaron tranquilamente por una ancha avenida, bordeada de frondosos olmos.

—Esto ha cambiado un poco —observó Burton. Las gentes vestían de distinta manera. >No se veía un solo automóvil.

Daphne empezó a sentirse aprensiva.

— ¿Estamos seguros de que hemos vuelto a la tierra...?

Alan empezó a preocuparse. Unos cientos de metros más adelante, vieron un monolito, en el centro de un recinto cubierto de césped. Aunque los edificios eran muy distintos, la topografía del lugar resultaba vagamente conocida para el joven.

En la base del monolito, había una placa con una leyenda grabada. Atraído por la curiosidad, se acercó al monolito.

La inscripción decía:

A LAS VICTIMAS DEL BYRON THEATER,

—Somos nosotros —dijo Daphne a sus espaldas.

Alan se sentía anonadado. ¿Qué era lo que había sucedido durante todo aquellos meses que habían pasado fuera de la Tierra?

¿Por qué aquellos cambios tan radicales, no sólo en la indumentaria y en los hábitos de la gente, sino también en los edificios y en los medios de locomoción?

Burton y Lola no se sentían menos desconcertados. De pronto, unos chiquillos entraron en el recinto y se pusieron a corretear sobre el césped, lanzándose unos a otros una pelota de vivos colores.

La pelota vino a parar a los pies de Alan, quien la recogió. Un chico de unos once años se acercó al joven.

—Muchacho, ¿quieres hacerme un favor? —preguntó. —Sí, señor...

— ¿Qué día es hoy? He perdido mi reloj calendario, ¿sabes?

—Veinticinco de septiembre de dos mil ciento seis, señor.

El chico recobró la pelota y se alejó corriendo. Alan se incorporó.

Estaba consternado, lo mismo que sus compañeros —Han pasado ya ciento veinticinco años —dijo.

Daphne lanzó una exclamación. Alan paseó la mirada a su alrededor.

Sí, el tiempo había corrido de distinta forma para ellos. En aquellos ciento veinticinco años, toda su familia, los amigos, los conocidos, todos habían desaparecido ya. Sólo eran polvo y ceniza...

—Si lo dijésemos no nos creerían —exclamó Burton, el primero en hablar.

— No tenemos por qué divulgarlo —dijo Lola.

Daphne fijó la vista en el joven. Alan comprendió que ella aguardaba una decisión suya.

—Creo que no encajaríamos en esta época —dijo al cabo—. Somos gente de hace más de un siglo, con otras costumbres, otras mentalidades...

— ¿Estás sugiriéndonos que volvamos a Truggon...? —respingó Burton

Alan sonrió.

— ¿Qué opinas tú, Daphne? —consultó.

—Es un lugar muy hermoso, si conseguimos vivir en paz —respondió la muchacha.

—Hablaremos con el juez Bxelliq. Además, se me ha ocurrido una idea...

—Con tal de que Rhardos no haya despegado el vuelo —dijo Burton.

—Entonces, ¿estás conforme, Bill?

Burton se volvió hacia Lola.

— ¿Qué dices tú preciosa?

Lola se apretó contra el jugador.

—Lo que tú mandes, cariño —contestó.

De pronto, Alan agarró la mano de Daphne y echó a correr.

— ¡Vamos, antes de que sea tarde! —gritó.

La nave no había despegado todavía. Rhardos y los suyos estaban admirando el paisaje terrestre.

— ¿Cómo? ¿Os volvéis? —preguntó el hombrecillo.

—Hemos pensado que las astronaves pueden necesitar combustible aurífero —dijo Alan—. Nosotros nos encargaríamos de extraerlo, purificarlo y suministrar a quien lo necesite, a cambio de... armas, alimentos, ropajes... Podemos montar allí una estación de aprovisionamiento, en paz y amistad con todos. ¿Qué te parece?

— Magnífico —aprobó Rhardos—. ¡Subid a bordo!

Los cuatro supervivientes entraron en la nave. Frente a una pantalla de televisión, contemplaron la imagen del planeta que se alejaba

rápidamente, a medida que la nave ascendía en el espacio.

Alan rodeó con el brazo la cintura de Daphne.

—Algún día —vaticinó—, una nave terrestre llegará a Truggon y nosotros saldremos a recibir a sus tripulantes.

Daphne apoyó la cabeza en su hombro.

—Nosotros... o nuestros hijos o los hijos de nuestros hijos —murmuró.

—Sea quien fuere, habrá allí alguien para recibir a los viajeros del espacio. Y no les pediremos que enseñen su permiso de invasión.

—Serán bien recibidos —aseguró Daphne.

FIN